

JOAQUÍN V. GÓNZALEZ

# FÁBULAS NATIVAS



  
Edulp



## FÁBULAS NATIVAS

# FÁBULAS NATIVAS

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ



  
**EduLP**  
EDITORIAL DE LA UNLP

Presidente de la UNLP  
**Mg. Martín A. López Armengol**

Vicepresidente del Área Académica  
**Dr. Arq. Fernando A. Tauber**

Vicepresidenta del Área Institucional  
**Dra. Andrea Varela**

Secretaría General  
**Prof. Patricio Lorente**

Secretaría de Asuntos Académicos  
**Dr. Aníbal Viguera**

Secretaría de Extensión Universitaria  
**Lic. Sebastián Palma**

Secretaría de Ciencia y Técnica  
**Dr. Nicolás Rendtorff**

Secretaría de Arte y Cultura  
**Prof. Mariel Cifardo**

Secretaría de Vinculación e Innovación Tecnológica  
**Lic. Javier Díaz**

Secretaría de Salud  
**Prof. Dr. Sergio Lazo**

Secretaría de Relaciones Institucionales  
**Abog. Javier Mor Roig**

Secretaría de Administración y Finanzas  
**Lic. Claudio Canosa**

Secretaría de Asuntos Jurídicos y Legales  
**Abog. Rafael Clark**



Secretaría de Planeamiento, Obras y Servicios  
**Arq. Diego Delucchi**

Secretaria de Derechos Humanos y Políticas de Igualdad  
**Dra. Verónica Cruz**

Secretaria de Políticas Sociales  
**Dra. María Bonicatto**

Secretaria de Ambiente y Conservación de Recursos Naturales  
**Dra. Nora Gómez**

Secretario de Producción  
**Ing. Daniel Tovio**

Jefatura de Gabinete  
**Dr. Carlos Giordano**

Guardasellos de la Universidad Nacional de La Plata  
**Dra. Margarita Rozas Pagaza**

Presidenta de la Comisión de Investigaciones de la Universidad – CIU  
**Ing. Patricia Arnera**

Directora de la Biblioteca Pública  
**Mg. Marcela S. Fushimi**

Vicedirectora de la Biblioteca Pública  
**Mg. María Eugenia Costa**

González, Joaquín V.

Fábulas nativas / Joaquín V. González. - 1a ed. - La Plata : EDULP,  
2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6568-08-3

1. Literatura. 2. Fábulas. I. Título.

CDD 808.813

## **FÁBULAS NATIVAS**

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

ESTUDIO FILOLÓGICO PRELIMINAR: MARÍA CELINA ORTALE

GRABADOS: JULIETA WARMAN



48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2023

ISBN 978-631-6568-08-3

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2023 - Edulp

# ÍNDICE

Prólogo.....	10
<i>Marcela Fushimi - María Eugenia Costa</i>	

Estudio Filológico Preliminar de Fábulas Nativas .....	13
<i>María Celina Ortale</i>	

## Libro primero

<b>Sinfonía de la Calandria</b> .....	37
---------------------------------------	----

I - PRELUDIO .....	38
--------------------	----

II - LA SONATA DE LA CUMBRE.....	40
----------------------------------	----

III - EL GRAN ACORDE .....	42
----------------------------	----

IV -CRESCENDO .....	44
---------------------	----

V - EL ROMANCE DE LA CALANDRIA .....	46
--------------------------------------	----

VI - EL ALMA DE LA NOCHE .....	48
--------------------------------	----

VII - EL PÓRTICO DE LA FÁBULA .....	50
-------------------------------------	----

VIII - EL ASNO Y LA CIGARRA .....	52
-----------------------------------	----

IX - LA ETERNA TRAGEDIA .....	55
-------------------------------	----

X - LA FÁBULA MAESTRA.....	58
----------------------------	----

XI - LA FÁBULA CLÁSICA.....	61
XII- GLORIA Y AMOR.....	63
XIII - INTERMEZZO.....	64
XIV - EL HIMNO AL SOL.....	66
XV -VANITAS VANITATUM.....	68
XVI -EL ROPAJE DE LA FÁBULA.....	70
XVII -LUGONES, OBLIGADO Y MARTÍN FIERRO.....	72
XVIII -LA GLORIA DE LA FÁBULA.....	74

## Libro segundo

<b>Fábulas Nativas</b> .....	76
I - LA ROSA Y SU TUTOR.....	77
II - LOS PERROS LADRANDO A LA LUNA.....	78
III -EL NOGAL APALEADO.....	80
IV - EL AVESTRUZ SILBADOR.....	82
V- LOS DOS SABIOS.....	84
VI - LA LECHUZA Y EL REY DE LOS PAJARITOS.....	86
VII - LA TÁCTICA DEL TERO-TERO.....	88
VIII - EL ÁGUILA Y LA COMADREJA.....	91

IX - UNA BATALLA AÉREA .....	94
X - COMIENDO Y GRUÑENDO.....	97
XI - EL POLLINO Y EL AUTOMÓVIL .....	99
XII - EL TORO Y LA LOCOMOTORA.....	101
XIII - LA ROSA, LA CULEBRA Y EL VIANDANTE .....	104
XIV - LA ARAÑA TEJEDORA, LA MOSCA Y LA MÚSICA.....	106
XV - LA POLILLA Y EL BIBLIOTECARIO.....	108
XVI - LA CABELLERA Y EL PEINE .....	110
XVII - LOS GANSOS DEL CAPITOLIO .....	111
XVIII - LA AMPALAGUA Y EL ZORRO .....	114
XIX - LA VÍBORA, EL SAPO Y EL CAMALOTE .....	116
XX - EL ESCUERZO Y EL GATO DEL MUSEO .....	119
XXI - ¡TIP, TIP, TIP, FIRIIU...!.....	121
XXII - LA ARAÑA Y LA LUCIÉRNAGA .....	124
XXIII - LA VÍBORA EN EL BAÑO .....	126
XXIV - A ARMONÍA OCULTA.....	128
XXV - EL CÓNDOR QUE NO QUISO HABLAR .....	131

A manera de prólogo  
**Sobre la necesidad de reeditar**  
***Fábulas nativas* de Joaquín V. González**

*“Vino fraternalmente hacia nosotros desde el silencio de la serranías,  
donde la tradición, la leyenda y el paisaje se compenetran.”*

Arturo Marasso, *Joaquín V. González.*

*El artista y el hombre, 1937.*

Este año la Universidad Nacional de La Plata en su conjunto conmemora un siglo del fallecimiento del Dr. Joaquín Víctor González (Nongasta, La Rioja, 6 de marzo 1863–Buenos Aires, 21 de diciembre 1923). El fundador y primer presidente de la casa de altos estudios platense es considerado como una de las personalidades más relevantes de la cultura letrada argentina en la transición del siglo XIX al XX. Entre sus diversas actuaciones, Joaquín V. González contribuyó a cimentar una perspectiva reformista en el marco de un proyecto universitario modernizador.

La historiografía actual destaca la gravitación política e intelectual que tuvo esta figura señera y señala sus múltiples perfiles. La vida de Joaquín V. González parece jalonarse en sus libros, ya que a través de ellos fue dejando registros o huellas que marcaron sus preocupaciones e intereses. En efecto, la polifacética trayectoria gonzaliana incluyó una amplia y variada producción escrita, tanto jurídica, educativa, periodística, histórica, literaria. Mediante obras de diversos géneros -ensayos, poesías, cuentos, fábulas-, el escritor riojano buscó interperlar ciertos sentidos construidos para dar carnadura a una “tradición nacional”. En algunos casos, las modulaciones nativistas de su escritura lo ligaron a ciertas formas del costumbrismo.

En concordancia con el rol institucional de resguardar y difundir la cultura impresa de nuestro país, desde la Biblioteca Pública de la

UNLP nos propusimos homenajear la memoria y el legado de Joaquín V. González de una forma perdurable. Por este motivo reeditamos sus *Fabulas nativas*, las cuales fueron ilustradas desde una concepción actual, pero respetuosa del texto original. En este conjunto variopinto de creaciones poéticas y relatos en prosa el autor trasunta una visión espiritualista e idealizada de la naturaleza regional, fruto de su peculiar sentimiento telúrico. Por las páginas de este fabulario, plagado de lecciones o advertencias, desfilan como protagonistas diversos animales autóctonos humanizados, cuyas representaciones visuales si bien quedan enmarcadas en artísticas letras capitales, se proyectan en la imaginación de las nuevas generaciones de lectores y lectoras. Al entregarse a la relectura sustrayéndose de su tiempo, la obra de Joaquín V. González permanece vigente. Estos textos actualizan viejos interrogantes, reinstalan debates y someten ciertas ideas del pasado a la mirada crítica del presente.

El análisis filológico que sirve de introducción permite develar los modos de organización textuales, los derroteros editoriales de las *Fábulas nativas*, incluidas las formas de su transmisión y circulación masiva. Para ello se tuvo en cuenta la reposición de las publicaciones de las mismas en la revista *Caras y Caretas* (1912-1921), la revisión de los manuscritos autógrafos inéditos y el cotejo con la primera edición póstuma (1924). Este estudio preliminar resulta sumamente útil tanto para las personas que se acercan por primera vez a la producción literaria de Joaquín V. González como para quienes ya la conocen

Es de destacar que esta reedición ampliada e ilustrada de *Fábulas nativas*, realizada en el marco de la declaración del 2023 como “Año Gonzaliano”, es fruto de un trabajo colaborativo. Por lo tanto, es oportuno que felicitemos a la artista Julieta Warman, egresada de la Facultad de Artes y a Maria Celina Ortale, docente e investigadora de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE). Asimismo debemos agradecer al personal de la Biblioteca Pública y de la Editorial de la Universidad (Edulp), como así también a las autoridades de la UNLP que nos apoyaron e hicieron posible la concreción del pro-

yecto. Finalmente este libro que presentamos no sólo rinde homenaje y promueve la recordación de Joaquín V. González, sino que además pone en valor el patrimonio biblio-hemerográfico y documental de nuestra institución.

*Marcela Fushimi - Maria Eugenia Costa*

Directora y Vicedirectora de la Biblioteca Pública, UNLP

Docentes e investigadoras de la FaHCE, UNLP



# Estudio Filológico Preliminar de Fábulas Nativas

María Celina Ortale

Joaquín V. González (1863-1923) fue un escritor, educador, juriscónsul y político de origen riojano de amplia trayectoria, de fines del siglo XIX y principios del XX argentino. Fue Gobernador de La Rioja y Senador Nacional y ejerció como Ministro de Instrucción Pública durante la presidencia de Julio A. Roca y también de la de Manuel Quintana, en cuya calidad se ocupó de nacionalizar nuestra Universidad desempeñándose como su primer rector desde 1906 hasta 1918.

Se expidió sobre numerosos aspectos de la vida nacional y los 25 tomos de sus *Obras Completas*, compiladas en 1934 por orden del Congreso de la Nación, están divididas en escritos jurídicos, educativos, políticos, históricos y literarios.

Dentro del espacio cultural se destaca su obra juvenil *La tradición nacional*, de 1888, que versa sobre la importancia de abreviar en las fuentes nacionales para fundar las bases del pensamiento y la identidad nacional. En esta línea escribe también sus obras literarias *Mis Montañas* (1893), *Cuentos* (1894), *Historias* (1900), y *Fábulas Nativas* (1924), vinculadas con su terruño natal, la provincia de La Rioja en la región andina, y la finca Samay Huasi, un bello reducto entre las Sierras de Famatina rodeado de viñedos y frutales donde Joaquín V. se inspiraba para componer sus obras y se reunía con intelectuales de la época, y que hoy pertenece a nuestra Universidad, funcionando como Centro de Investigación, Museo y Casa de Retiro.

*Fábulas Nativas* es una de las obras literarias más difundidas de JVG. Fueron reeditadas en el tomo XX de las *Obras Completas* en 1934, por la Editorial Emecé en 1943, 1946 y 1952, junto con *Mis Montañas* por la Editorial Hemisferio en 1952, por Kapelusz en 1980 y por Nuevo Siglo en 1995 y 1997.

## Fábulas Nativas

Este último libro de JVG salió inicialmente a la luz luego de la muerte del escritor, en 1924 y está conformado por dos partes: Libro Primero - *Sinfonía de la Calandria* (18 poemas endecasílabos de extensión variada) y Libro Segundo - *Fábulas* (un poema endecasílabo de cuatro cuartetos y 24 relatos en prosa).

Los textos poéticos del Libro Primero comprenden los siguientes títulos: "Preludio", "La sonata de la cumbre", "El grande acorde", "Crescendo", "El romance de la calandria", "El alma de la noche", "El pórtico de la fábula", "El asno y la cigarra", "La eterna tragedia", "La fábula maestra", "La fábula clásica", "Gloria y amor", "Intermezzo", "El himno al sol", "*Vanitas vanitatum*", "El ropaje de la fábula", "Lugones, Obligado y Martín Fierro" y "La gloria de la fábula". Se trata de poemas que retoman tópicos y autores canónicos sobre el género (Esopo, Fedro, Lafontaine, Samaniego y los orientales persas, indios y chinos) con algunas referencias cultas neoclásicas (Odisea, *Ilíada*, el culto apolíneo, Pitágoras y otras). Esta tradición fabulística se relaciona a su vez con el arte musical de Beethoven y Wagner, pero también folklórico, y con referencias filosóficas que van intercalando, en una suerte de himno panteísta, la aparición de cotorras, asnos, lobos, cigarras, burros, coyoyos, buitres, la Pacha Mama, algunos escritores criollos, y, por supuesto, la calandria, como símbolo del arte canoro nacional.

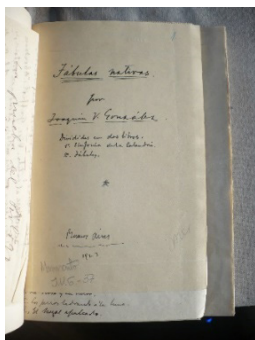
Los relatos en prosa del Libro Segundo trabajan la típica estructura de planteo narrativo y cierre con moraleja, toman la figura de animales y plantas autóctonas para expresar problemáticas humanas situadas en la realidad del país en su primer centenario, como por ejemplo la relación del progreso con las fuerzas de la naturaleza, pero también universales básicos sobre la existencia humana como la envidia, la adulación, la viveza y la ignorancia.

Esta segunda parte del libro, por otra parte, ofrece un proceso escritural bastante complejo, de tres estadios textuales previos a la edi-

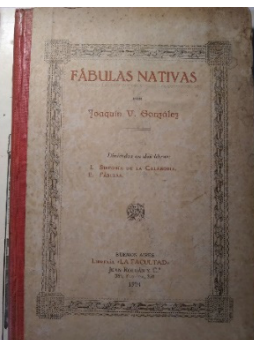
ción prínceps de 1924. El más antiguo es la versión de las 26 fábulas ilustradas que se divulgan en *Caras y Caretas*, entre 1912 y 1921.<sup>1</sup>



Caras y Caretas (1912-1921)



Manuscrito (1923)

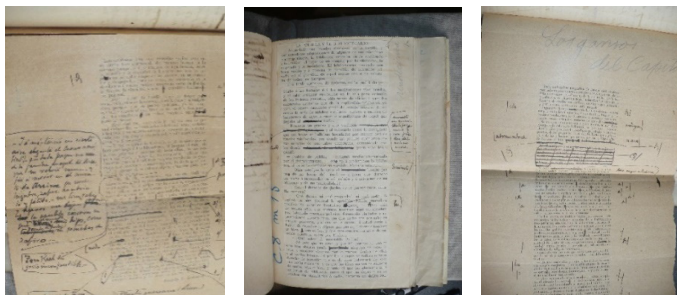


1ra. edición (1924)

El segundo estadio textual serían las versiones editadas que recoge el manuscrito de 1923 de 3 fábulas. Se trata de versiones de alguna publicación periódica, o más probablemente de dos revistas que han quedado sin referenciar. Estas fábulas carecen de ilustración, lo que las distingue claramente de *Caras y Caretas*, no tienen fecha, y Joaquín V. las incluyó en su manuscrito como pre-textos escriturales para la versión en libro, interviniéndolas con su caligrafía manuscrita mediante agregados de párrafos y tachaduras de líneas, como se observa a continuación.

---

<sup>1</sup> La crítica sostenía que las fábulas habían aparecido en *Caras y Caretas* en 1916 pero hasta ahora no había ningún estudio pormenorizado sobre el tema. Hemos rectificado esta aseveración al descubrir que comienzan a publicarse en 1912 y continúan saliendo, de manera alternada, hasta 1921.



Y como tercer estadio textual, tenemos la versión manuscrita autógrafa que se conserva encuadernada en las Salas Museo de la Biblioteca Pública de la UNLP, que Joaquín V. preparó apenas un tiempo antes de su muerte, en 1923, con las 25 fábulas que saldrán en la primera edición en libro, al año siguiente.

## Joaquín V. González en *Caras y Caretas*

La figura y la obra de Joaquín V. González aparece en varias oportunidades en el más destacado semanario satírico-burlesco de fines del s. XIX fundado por José Sixto Álvarez (Fray Mocho), en Buenos Aires.

A un mes de la inauguración de *Caras y Caretas*, el 19 de noviembre de 1898,<sup>2</sup> se registra la aparición de un artículo titulado “Los que hacen reír” con la firma de JVG en el que se reproducen partes de una carta que ha enviado a los editores de la revista y en la que se lee el agradecimiento y la admiración que siente por su sesgo burlesco.<sup>3</sup> Se muestra así, desde el estreno de *Caras y Caretas*, como un lector en-

---

<sup>2</sup> El primer número de la revista sale el 8 de octubre de 1898 y su tirada se sostiene semanalmente, de modo ininterrumpido, hasta 1939.

<sup>3</sup> Todas las fotografías de *Caras y Caretas* que se muestran en el artículo fueron tomadas por Pablo Méndez Moura, especialista en digitalización de las Salas Museo de la Biblioteca Pública de la UNLP, donde se conserva la colección completa de la revista.

cantado con el estilo jocoso que la caracteriza y con la intersección que hace de las artes plásticas, más puntualmente de los aportes de la caricatura, género ya muy bien cultivado en el Río de La Plata en *El Mosquito* (1863). Expresa JVG de modo sentido: “quiero hablarle de *Caras y Caretas* que me ha conquistado por lo más débil mi ser, -la extraordinaria afición al género festivo, cultivado por otros, y a la caricatura, en la cual reconozco la más difícil y deliciosa de las artes”. La carta sale transcrita y comentada, e ilustrada a su vez con una caricatura de Joaquín V. como escritor. En su esquelita él ha descripto la fuerza cómica de la figura de los payasos, de los que se declara coleccionista, por lo que la ilustración en blanco y negro que acompaña al texto en la revista y que es de Cao, lo representa escribiendo su cartilla con numerosos payasos sentados en el escritorio y colgados en las estanterías.<sup>4</sup> José María Cao Luaces fue uno de los ilustradores más destacados de la revista. De origen español, se radicó en Buenos Aires y participó de varios proyectos gráficos rioplatenses, como por ejemplo el semanario *Don Quijote*, donde coincidió con Manuel Mayol.



Los que hacen reír

<sup>4</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año I, N°7, 19/11/1898, p. 7

En una nueva oportunidad, al año siguiente, *Caras y Caretas* incluye una fotografía de JVG como integrante del Consejo Educativo de la Nación. En la tapa blanco y negro se ofrece la formación de todo el flamante Consejo en seis fotografías del presidente J.M. Gutiérrez, el secretario Helguera Sánchez y los vocales Rafael Ruiz de los Llanos, J.B. Zublaur, Lídero J. Avellaneda y Joaquín V. González en el centro de la segunda línea.<sup>5</sup>

En páginas gráficas a color lo encontramos caricaturizado, por primera vez, el 14 de septiembre de 1901,<sup>6</sup> en el marco de una serie de caricaturas que vienen saliendo cada semana sobre distintas personalidades de la época. Con un fondo de paisaje montañoso alusivo a su texto *Mis montañas*, Cao lo retrata, en esta oportunidad, con los atributos de una pluma y un rollo de papel tipo pergamino.

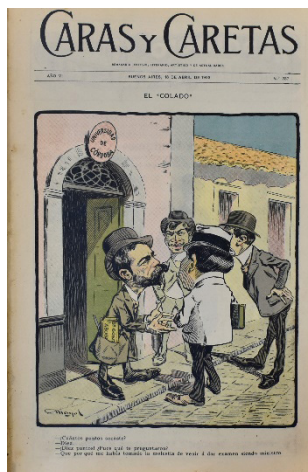
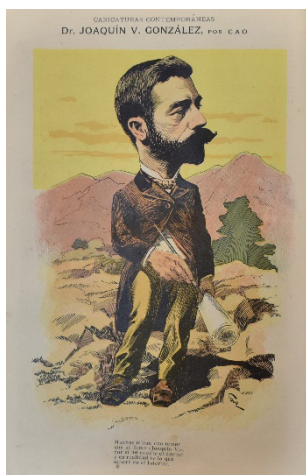
También se lo ve caricaturizado, pero en esta ocasión en tapa, en 1903, en relación a su profesión jurídica, luego de dar un discurso en la Universidad Nacional de Córdoba que trató sobre la influencia que esta casa de estudios tuvo en el desarrollo del país. En esta ilustración se lo muestra a Joaquín V. bajo el título de "EL COLADO", en la puerta de la institución con el cartel de abogado en el bolsillo indicando que se habría presentado a realizar un concurso.<sup>7</sup> La imagen es de Manuel Mayol, dibujante de origen español también de amplio recorrido en Buenos Aires, cofundador de *Caras y Caretas* y fundador de *Plus Ultra*, el suplemento de 1916.

---

<sup>5</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año II, N° 45, 12/8/1899, p. 13

<sup>6</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año IV, N° 154, 14/9/1901, p. 28.

<sup>7</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año VI, N° 237, 18/4/1903, tapa



Aparece además JVG representado en un episodio que tuvo mucha repercusión en la prensa de la época, el del robo de los dientes de Belgrano.<sup>8</sup> Sucedió que a fines de 1902 Roca decidió rescatar del olvido la figura de Manuel Belgrano y edificarle un mausoleo acorde a su jerarquía. Cuando se abrió su modesta tumba para recuperar los restos, cuentan las crónicas que las maderas del cajón habían desaparecido por completo y el esqueleto estaba bastante arruinado pudiendo rescatarse solo unos pocos huesos que se partían al agarrarlos. Los dientes eran quizás lo que se encontraba en mejor estado y los ministros del Interior, Joaquín V. González y de Guerra, Pablo Ricchieri, los tomaron de la tumba, supuestamente para llevárselos a Mitre para que los viera. El incidente fue denunciado en muchos órganos de Buenos Aires obligando a que se devolvieran las reliquias. *Caras y Caretas* no pudo quedarse afuera de este polémico suceso y en una página y media se ocupó del asunto con fotografías que cubrieron el momento de apertura de la tumba y una caricatura de Giménez titulada “Los ministros odontólogos” que ilustra a Belgrano saliendo

<sup>8</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año V, N° 206, 13/9/1902, pp. 28

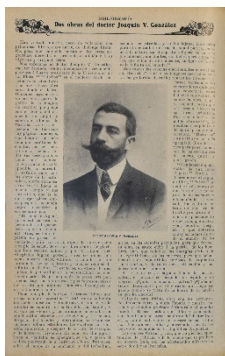
de su tumba para denunciar el robo. El trabajo de Giménez es tanto más atractivo e interesante cuanto que se lo cruza con las fotografías de la página anterior, pudiendo observarse el realismo que puso el dibujante en el cuidado de los detalles frente a la carga simbólica de la inclusión del fantasma del patriota asomándose recostado en su lápida mientras los “ministros” huyen con sus despojos. La atención cruzada entre las fotografías y la caricatura reafirma el matiz descalificador de la última en el dedo acusar del prócer.



Pero también la revista funciona como ámbito propicio para difundir la obra literaria de JVG, como la publicación de dos de sus libros, *Historias* y *Patria*, que Joaquín V. envía a la redacción en 1909. *Caras y Caretas* responde con una nota a página completa llena de elogios y



la foto del autor en el centro.<sup>9</sup>Se titula “Bibliografía. Dos obras del Dr. Joaquín V. González” y da cuenta del recibo de los dos libros, y los reseña con grandes ponderaciones; al primero como “trabajos selectos”, de “encantadores diálogos” adecuados para “poner en manos de los estudiantes de cuarto, quinto y sexto grado”, y al segundo como un libro lleno de “pensamiento” y “doctrina” consagrado a “la enseñanza y educación de la juventud.”



Al mismo tiempo se encuentran en la revista algunas colaboraciones de Joaquín V. relacionadas con la historia argentina como un meduloso artículo sobre Rosas, o con el espacio social de las provincias como la necrológica sobre Javier Lascano Colodrero, un intelectual y erudito docente de origen cordobés que fuera compañero de colegio de JVG, y también importantes artículos sobre la educación pública, como el que sale en el número aniversario del 25 de mayo de 1910 titulado “La enseñanza pública” que ofrece un raconto pormenorizado de la historia de la educación nacional desde 1810. Asimismo, se registran otros aportes literarios suyos, como el relato “La última rosa de verano”, de tres páginas, incluida en el número de Navidad de 1920

---

<sup>9</sup> *Caras y Caretas*, Buenos Aires, Año XII, N° 576, 16/10/1909, p. 44.



## Las 26 fábulas en *Caras y Caretas* de 1912 a 1921

En 1912, de septiembre a diciembre, sale una primera tirada de las fábulas, de modo consecutivo las primeras 15 desde el N° 728 al 742: “La lechuza y el rey de los pajaritos” (14/9, p. 97), “El águila y la comadreja” (21/9, p. 74), “La araña tejedora, la mosca y la música” (28/9, p. 75), “La rosa, la culebra y el viandante” (5/10, p. 83), “El toro y la locomotiva” (12/10, p. 77), “Los perros ladrando a la luna” (19/10, p. 77), “Los gansos del Capitolio” (26/10, p. 77), “La gallina y la rana” (2/11, p. 91), “El escuerzo y el gato del museo” (9/11, p. 77), “La cabellera y el peine” (16/11, p. 77), “La polilla y el bibliotecario” (23/11, p. 77), “La víbora en el baño” (30/11, p. 79), “Los dos sabios” (7/12, p. 77), “La táctica del tero-tero” (14/12, p. 88) y “Comiendo y gruñendo” (21/12, p. 77). Y en los primeros dos meses de 1913 salen espaciadas las últimas 3 de esta serie, en los N° 745, 747 y 750: “Una batalla aérea” (11/1, p. 59), “El pollino y el automóvil” (25/1, p. 88) y “La víbora, el sapo y el camalote” (15/2, p. 93).

La segunda tirada de las fábulas es acotada, se publican solo 3 en 1916: “El nogal apaleado” (N° 937, 16/9, p. 31), “La rosa y su tutor” (N° 938, 23/9, p. 35) y “El avestruz silbador” (N° 940, 7/10, p. 31).

La tercera tirada, corresponde a las 5 fábulas que salen entre 1919 y 1921: “La araña y la luciérnaga” (N° 1108, 27/12/19, p. 128), “La ampalahua y el zorro” (N° 1117, 28/2/20, p. 53), “Tip, tip, tip, friu..!” (N° 1126, 1/5/20, p. 64), “La armonía oculta” (N° 1158, 11/12/20, p. 39) y “El cóndor que no quiso hablar” (N° 1165, 29/1/21, p. 55).<sup>12</sup>

Menos “La gallina y la rana”, que lleva de subtítulo (Variante), las fábulas restantes se encontrarán reescritas en el manuscrito que preparó González en 1923 y quedarán finalmente incluidas, con nuevas modificaciones, en la edición príncipes de 1924.

---

<sup>12</sup> Agradezco especialmente, en la tarea de búsqueda de las fábulas, a la colaboración de Patricia Lischinsky, experta en publicaciones periódicas de la Hemeroteca de la Biblioteca Pública de la UNLP, y a Mario Carnabali por su permanente asistencia.

Las 18 fábulas de 1912-13 salen acompañadas de ilustraciones a todo color firmadas por Villalobos (5), Zavattaro (4), Alonso (2), H. Cuenca, E. Álvarez Dumont (3), Málaga Grenet (2) y Mirko. Las 3 de 1916 salen salteadas, la primera en blanco y negro firmada por C. Fernández, luego un pastel de Alonso a todo color, y la última de nuevo en blanco y negro firmada por Sirio. Y las 5 de 1919-21 alternan entre volver al color o al blanco y negro: “La araña y la luciérnaga” y “La ampalagua y el zorro” vuelven a ser a color y están firmadas por Valdivia, “Tip, tip, tip, firiu...!” lleva ilustración modernista, también a color, de Lourido, y las últimas dos son en blanco y negro: “La armonía oculta” presenta un trabajo símil grabado sin firma, con letra capital gótica adornada y “El cóndor que no quiso hablar” también es tipo grabado, con letra gótica, y lleva la firma de E. Álvarez.<sup>13</sup>



La lechuga y el rey de los pajaritos

El águila y la comadreja

La araña tejedora, la mosca y la música

<sup>13</sup> Se la adjudicamos a Eugenio Álvarez Dumont



La rosa, la culebra y el viandante



El toro y la locomotiva



Los perros ladrando a la luna



Los gansos del Capitolio



La gallina y la rana



El escuerzo y el gato del Museo



La cabellera y el peine



La polilla y el bibliotecario



La víbora en el baño



Los dos sabios



La táctica del tero-tero



Comiendo y gruñendo





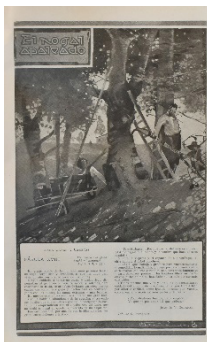
Una batalla aérea



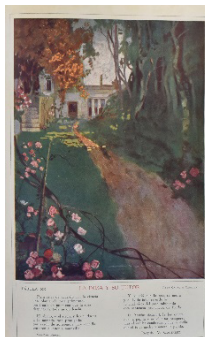
El pollino y el automóvil



La víbora, el sapo y el camalote



El nogal apaleado



La rosa y su tutor



El avestruz silbador



La araña y la luciérnaga



La ampalahua y el zorro



Tip, tip, tip, firiu...!



La armonía oculta



El condor que no quiso hablar

## La combinación entre texto e ilustración

*Caras y Caretas* acompañó el rutilante éxito que venía teniendo la irrupción de la gráfica en la prensa del Río de la Plata desde mitad del siglo XIX. Las caricaturas políticas del *Mosquito* marcaron una apertura hacia lo visual que los fundadores de *CyC* supieron aprovechar y profundizar con nuevas y mejores técnicas, la incorporación de toda la propaganda comercial, de las fotografías sociales y políticas, y por



supuesto también de las caricaturas, viñetas e ilustración de textos literarios. Los interesantísimos apuntes costumbristas de Fray Mocho que salieron decorados en los primeros años, ya mostraron que el ornamento de la imagen realzaba el valor de los textos y generaba un acabado de altísima calidad estética, propuesta que fue escoltando el nacimiento de un nuevo público lector y el afán de obtener rentabilidad periodística, dos objetivos fundamentales para la revista.<sup>14</sup> En el caso de las *Fábulas Nativas*, donde los textos de extensión limitada salieron acompañados por importantes pinturas, muchas veces de mayor tamaño que el espacio dedicado a la escritura, se dio un fenómeno semejante, convirtiéndose en una colección que generó enorme atención en el público de la época.

Los ilustradores de las fábulas son mayormente de procedencia española, como la crítica se ha dedicado a subrayar,<sup>15</sup> y una vez formados en París o Madrid venían a Buenos Aires y se radicaban aquí, pero la revista no dudó en contratar también artistas de otras latitudes como al italiano Zavattaro, al peruano Málaga Grenet y al boliviano Valdivia. Todos tuvieron un amplio desempeño en la prensa ilustrada de la época; sus trabajos salen en *PBT*, *Plus Ultra*, *El Hogar*, *La Nación* y otras revistas ilustradas en las primeras décadas del siglo XX porteño, y algunos incluso llegarán a tener una carrera destacada en el arte pictórico nacional, resultando *Caras y Caretas* una plataforma de lanzamiento y una importante influencia en el proceso de profesionalización del oficio gráfico en la Argentina.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Ver Rogers, Geraldine (2008) *Caras y Caretas: Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Edulp.

<sup>15</sup> Ver Gómez, Silvana A. (2021) "Caricaturistas españoles en la revista argentina *Caras y Caretas*: Manuel Mayol y José María Cao (1898-1912)" en Revista Lindes, *Estudios sociales del arte y la cultura*, Director: Claudio Lobeto, Buenos Aires, 12 pp. ISSN1853-5798. [https://revistalindes.com.ar/contenido/numero20/nro20\\_art\\_GOMEZ.pdf](https://revistalindes.com.ar/contenido/numero20/nro20_art_GOMEZ.pdf)

<sup>16</sup> Ver Kozłowski, Guillermo E. (2019) "La profesionalización de los oficios gráfico-visuales en el periodismo argentino de comienzos del siglo XX. El caso de *Caras y Caretas* entre 1898 y 1900", XXI° Congreso de la Red de Carreras de

En este sentido es interesante observar en la propia revista el proceso de autonomización de las artes plásticas a partir de 1919, donde se destina una página completa a pinturas inicialmente camperas bajo el título “Páginas criollas” con acuarelas de Zavattaro fundamentalmente,<sup>17</sup> y luego, bajo el título “Arte Argentino” se amplía el espectro de representación y aparece gente de clase alta, también en acuarelas de Zavattaro y otros,<sup>18</sup> o algunos óleos de paisajes de Alonso, como “Barranca de Belgrano”, entre otros casos.<sup>19</sup> Las pinturas ya no están para ilustrar un texto, sino que han ganado independencia y salen solas, sin ningún acompañamiento, salvo el título, e incluso en algunos casos se simula un marco de cuadro, como si se tratara de una pintura ya colgada y expuesta en un museo.

## Los ilustradores y las fábulas

Juan Carlos Alonso (1886-1945) colaboró en *CyC* y en *Plus Ultra*, y fue un pintor autodidacta de trayectoria en nuestro país. En esta serie ilustró “La rosa, la culebra y el viandante”, “La táctica del tero-tero” y “La rosa y su tutor”.

Eugenio Álvarez Dumont (1864-1927) fue un pintor e ilustrador español de obra costumbrista y de guerra. Fue invitado en 1910 a celebrar el centenario de la Argentina con una muestra de arte español y se quedó aquí hasta su muerte dedicándose a ilustrar libros y revistas argentinas y españolas. En *CyC* se ocupó de “El escuerzo y el gato del museo”, “Comiendo y gruñendo”, “Una batalla aérea” y “El cóndor que no quiso hablar”.

---

Comunicación Social y Periodismo. Escuela de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Humanidades (UNSa), Salta. <https://n2t.net/ark:/13683/eXqc/vU7>

<sup>17</sup> Números 1078 y 1085.

<sup>18</sup> “El centauro y la amazona”, en el N° 1111.

<sup>19</sup> Óleos en Alonso en los números 1116 y 1127.

Julio Málaga Grenet (1886-1963) fue un destacado caricaturista peruano que se desempeñó en numerosas revistas limeñas como *Actualidades*, *Ilustración Peruana*, y varias más. En 1910 viajó a Buenos Aires y entró como director de arte de CyC, en lo que se considera la segunda generación de dibujantes con Juan Carlos Huergo y Mirko. En paralelo, ilustra en nuestro país para *El Mundo Argentino*, *El Hogar*, *Plus Ultra* (como Alonso, Cao, Mayol, Sirio y demás) y también ilustró para revistas parisinas. Vuelve a Perú en 1916 pero en 1921 retorna a Buenos Aires para desempeñarse como director artístico del suplemento cultural de *La Nación*. De él es la pintura, de líneas geométricas y cercana al estilo art déco en “La cabellera y el peine” y de líneas más clásicas en “La víbora, el sapo y el camalote”.

Federico Ribas Montenegro, Mirko (1890-1952) fue un ilustrador gallego que viajó en su juventud a Buenos Aires para dedicarse a su arte e ilustró numerosas revistas y libros como destacado publicista formado en París. En esta oportunidad se encarga de dibujar “La polilla y el bibliotecario”, ilustración en la que pudiera haberse inspirado el bosquejo del bibliotecario que plasmó Joaquín V. en su manuscrito de 1923.

Alejandro Sirio, o simplemente Sirio, es el seudónimo de Nicanor Balbino Álvarez Díaz (1890-1953) quien fue un ilustrador asturiano que se instaló en Buenos Aires para dedicarse a la gráfica y colaboró en periódicos, revistas y libros de España y el Río de la Plata, en la época de oro de la prensa ilustrada argentina. De las fábulas le tocó “El avestruz silbador”, al que estilizó en blanco y negro con trazo moderno.

Víctor Valdivia (1897-1967) fue un dibujante nacido en Potosí, Bolivia, que se formó en la Academia Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires. Trabajó para *Última hora* y CyC durante las dos presidencias de Hipólito Yrigoyen y también hizo tapas de libros de numerosas editoriales de la época. Ilustra aquí “La araña y la luciérnaga” y “La ampalahua y el zorro”.

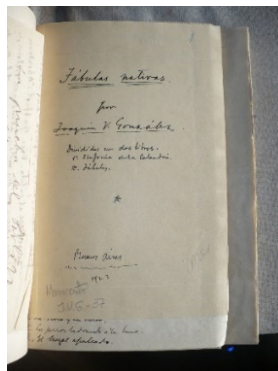
Cándido Villalobos (1881-1954), también de origen español, se radicó en Buenos Aires donde se dedicó al humor gráfico y colaboró en CyC durante su primera época, participó de concursos comerciales y

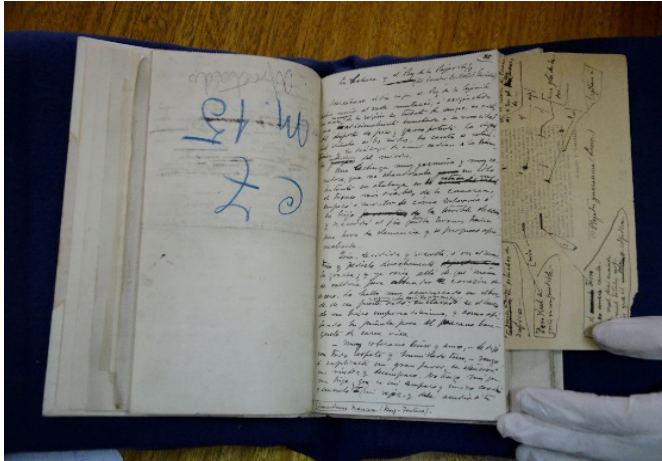
publicó un libro sobre el análisis de los colores. En esta serie es el que se ocupa de decorar la mayor cantidad de textos: “La lechuza y el rey de los pajaritos”, “La araña tejedora, la mosca y la música”, Los perros ladrando a la luna”, “La gallina y la rana” y “La víbora en el baño”.

Mario Zavattaro (1876-1932) fue un atleta genovés que pasó a dedicarse a la ilustración en CyC y, a partir de 1919, aparecen algunas acuarelas suyas a página completa en una sección titulada “Páginas criollas” en lo que podrían ser los primeros ensayos de iconografía campera de Zavattaro, que tomó gran notoriedad unos años más tarde, con las 36 acuarelas que adornaron el *Martín Fierro*. En este caso de las fábulas, se encargó de decorar “El águila y la comadreja”, “El toro y la locomotiva”, “Los dos sabios” y “El pollino y el automóvil”.

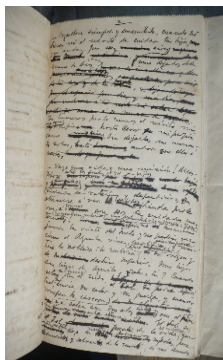
## El manuscrito

El manuscrito de *Fábulas Nativas* fue elaborado por Joaquín V. en 1923. Comienza con una portada y el índice del libro completo, es decir, que incluye las dos partes antes señaladas: Sinfonía de la Calandria y Fábulas. Sin embargo, en el manuscrito solo se encuentra la segunda parte de lo que conformará el libro, las 25 fábulas sobre animales nativos, la primera en forma poética, las 24 restantes, en prosa.

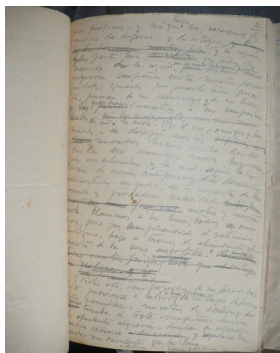




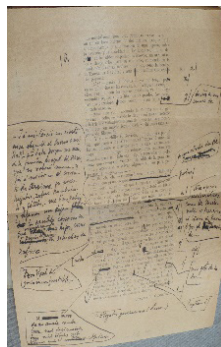
Está escrito mayormente en el recto de las hojas con una manuscrita bastante “desmañada” en tinta negra, aunque en algunos pocos casos usa el lápiz. El manuscrito fue encuadernado por el hijo de JVG al preparar y organizar el archivo para la Biblioteca Pública de la UNLP y también incluye versiones mecanografiadas y las ya publicadas en revistas a las que Joaquín V. le ha agregado enmiendas, como ya hemos explicado. Las tachaduras, supresiones o incorporaciones del texto manuscrito son muy frecuentes haciendo evidente que esta no fue la versión en limpio, lista para la imprenta, sino una etapa anterior que se ha conservado.



manuscrita en tinta

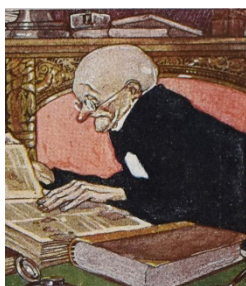


manuscrita en lápiz

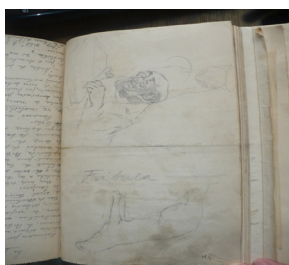


versión éditá

El manuscrito incluye también algunas pocas anotaciones en lápiz azul, probablemente de otra campaña de escritura, y dos ilustraciones en lápiz negro de Joaquín V. en el verso de una de las fábulas, que retratan al bibliotecario y a una especie de puma. El bosquejo del bibliotecario, como hemos dicho, puede haberse inspirado en la ilustración que había hecho Mirko para *Caras y Caretas* once años antes.



El bibliotecario de Mirko



El bibliotecario de JVG

Como ya hemos señalado, el manuscrito incluye tres versiones éditas de las fábulas, de otras revistas, que fueron adjuntadas en el momento en que se preparó la encuadernación. Probablemente se trate

de dos publicaciones periódicas por las diferencias que se observan en la titulación, la grafía y la calidad del papel. “La táctica del tero-tero” y “Los gansos del Capitolio” comparten la caja, la calidad del papel de cierto brillo mate, la tipografía y la falta de título (en el segundo caso JV lo agregó a lápiz en alguna otra campaña escritural). “La polilla y el bibliotecario”, en cambio, ha sido recortada y pegada sobre una hoja que a su vez se adjuntó al manuscrito, y fue impresa con título, con otra tipografía y en un papel de menor calidad que las anteriores.

A su vez, la versión mecanografiada que se sumó al manuscrito en tinta violeta es de “El pollino y el automóvil” y se encuentra ubicada a continuación de la versión a mano del mismo título.

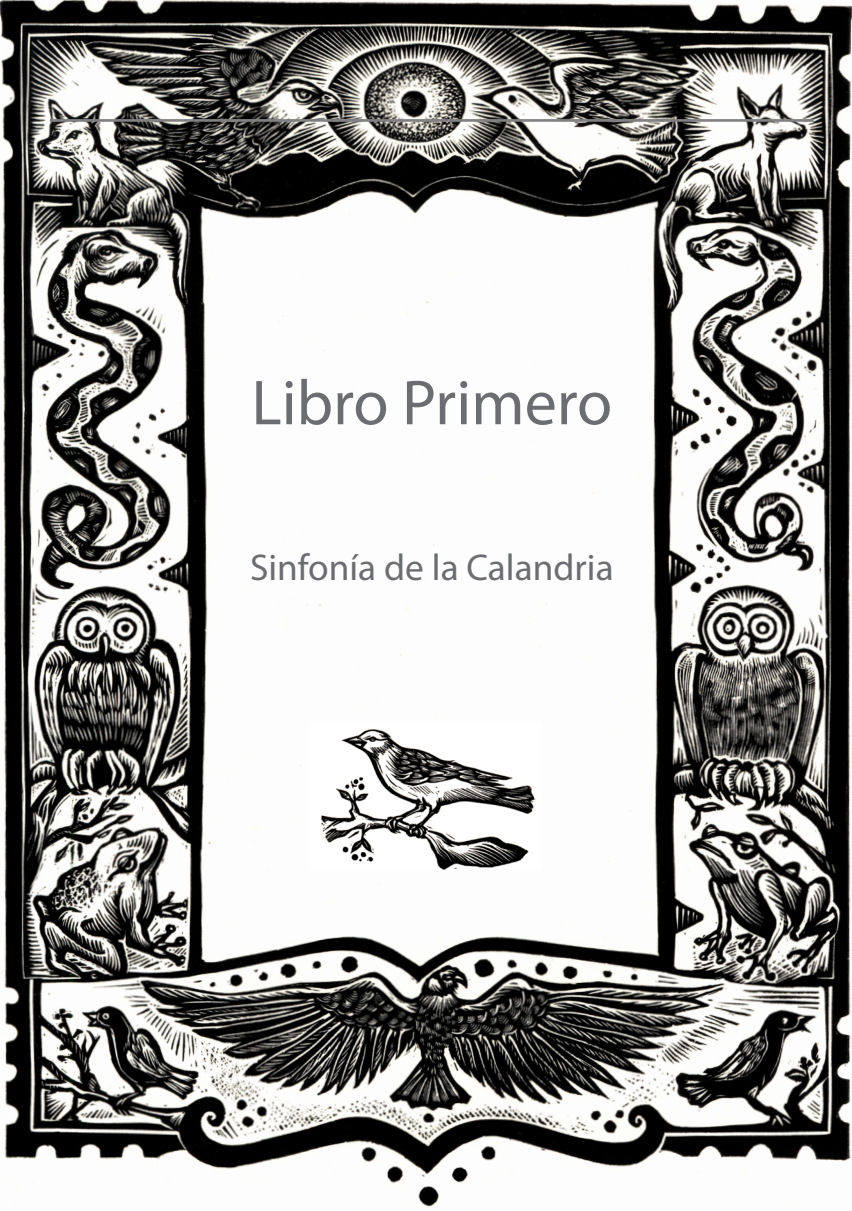
El orden de la transcripción de las fábulas en el manuscrito es el que va a respetar la versión príncipe, pero es curioso observar que en el manuscrito las fábulas tienen sobre el título de cada una de ellas una indicación en números romanos que inicialmente creí que señalaba cómo fueron apareciendo en *Caras y Caretas*, pero aparte de algunas coincidencias, esto no es así. La tercera fábula, siguiendo el orden del índice del manuscrito, es “El nogal apaleado”, y tiene la indicación (XVIII) como aparece en *Caras y Caretas*, lo mismo la cuarta “El avestruz silbador” (XIX), “Una batalla aérea” que lleva el (XVI), y la última “El cóndor que no quiso hablar” que figura como XXV en los tres estadios textuales, pero, en el resto de los casos esta numeración no coincide.

## Características de la presente edición

Para el establecimiento y republicación del texto completo de *Fábulas Nativas* que incluye sus dos partes, se toma como base la edición príncipe de 1924 de la que se salvan algunas erratas editoriales. Se respetan las mayúsculas, subrayados, encomillados y resaltados de JVG, y se transcriben sus notas al pie completas, de la 1 a la 19. Se

moderniza la puntuación y la ortografía y se regularizan las cursivas para léxico en lengua extranjera. También se regulariza el uso de mayúsculas para los animales protagonistas de las fábulas aunque JVG haya realizado un empleo irregular de las mismas.





Libro Primero

Sinfonía de la Calandria



# I PRELUDIO

Rendido por la sed y la fatiga  
el autor de las fábulas, de viaje  
por las altas montañas de la patria,  
bajo un frondoso molle de la cumbre  
que un cristalino manantial sombrea,  
detúvose a buscar reposo y sueño.  
El sol apenas su cenit pasaba  
y la siesta encendía suelo y aire;  
y las aves rapaces y canoras  
dormían en el fondo de sus nidos,  
sin que un gorjeo ni un graznido fuesen  
a turbar esa noche en pleno día.

Ya el viajero sus cansados ojos  
cerraba al sueño, cuando, de repente,  
inesperado trovador rasguela  
entre las ramas un prelude extraño.  
-¿Quién a estas horas, bajo el sol de fuego  
vaga sin tino y de cantar se ocupa?  
¡Es ocurrencia!..

-Yo, señor poeta,-  
responde, remendando del cofrade  
la voz airada, -yo, Señá Calandria,  
que viene a dar en su polifonía  
sin par, la bienvenida más armónica  
a un rey de la armonía y del ensueño.  
Para el bardo la música es reposo,

y yo soy de estas cimas y estos valles  
el genio musical, el alma errante  
ungida de pasión, de luz, de espacio,  
de la fiebre divina de la altura,  
del encanto supremo del abismo.  
Quien llega aquí en mis redes cae preso;  
quien cimas busca su descanso olvide;  
y mientras todos los cantores duermen,  
oiga al artista de garganta mágica,  
en quien todos sus cánticos renacen  
por el arte sublime idealizados.

## II LA SONATA DE LA CUMBRE

Y esto diciendo, empieza la gran Mima,  
cual si de un órgano la llave de oro  
poseyese, a exhalar de su garganta  
los más bravos acordes, los arpeggios,  
aires nativos y lejanos ecos,  
notas vagas y exóticas, rumores,  
susurros, gritos, trinos y graznidos,  
sones graves y agudos, fugas leves,  
solos dolientes y solemnes coros  
de torcazas y ranas; cuchicheo  
coreado de jilgueros y canarios  
que comentan la sacra melodía  
del viento y de las ramas, que se quejan,  
de indecible dolor; y allá; muy alto,  
como la confidencia de las rocas,  
con timbre de cristal, la gota de agua  
canta el secreto de la negra gruta.  
-¿Oyes, poeta, ese doliente dúo  
de amor que, tiernos, riman dos zorzales  
desde una a la otra falda? Son los novios  
del valle, que la nueva primavera  
aguardan... Y ese íntimo lamento  
de dos notas, del eco repetidas,  
es de la triste, inconsolable "viuda"  
que llama sin cesar su esposo ausente  
que nunca volverá, ¡oh, nunca, nunca!...  
Mas no todo es tristeza, ni dolores,

en la magna sonata de estas cimas:  
porque en las grietas y en los charcos ríe  
la musa cómica, que esparce el alma  
en sarta de sonidos, como gotas  
de agua fresca dispersas por el viento.

### III

## EL GRAN ACORDE

*Tin, clin, tin, clin, --¿escuchas? Es la rana campana, que comienza dando el timbre del color y contrapunto gregoriano a la batracia grey, que desde Esopo al plateado fulgor del alma Sélene, piden un rey a Júpiter. ¡Incautos! Y luego, siente como el sapo bufo con su coaxar informe al coro trunca, pretendiendo, ridículo, en dulce éxtasis el alma suspender de cielo y tierra. Y allá en la oscura grieta del peñasco, como violín de pronto enloquecido que rasgase sin ton ni son sus cuerdas, hórrido cascabel su cola agita y al chirrido espantoso todo calla. Solo queda en el aire el *pizzicato* vibrante y duro del salvaje grillo, cuyo *cric, cric*, monótono retumba de cerro en cerro, como si la espuela agitase en el seno de las nubes con loco ardor, diabólico jinete. ¿Y los raros sonidos de la altura en la silente noche nunca oíste? ¡Oh! nadie sabe de qué pechos surgen gemidos tan intensos y remotos, cual si brotasen de la peña misma, o cíclopes errantes sollozasen...*

¿Sabes? yo creo que esos gritos rudos,  
que estremecen los nidos en las noches,  
son los quejidos del gigante cóndor,  
insomne, vagamundo, que se oculta  
para llorar irrequietas penas  
o, bandido imperial, la presa inerme  
vuela a ocultar en invisible roca.  
Este pájaro inmenso me da miedo,  
y cuando a remedarlo me aventuro,  
tiemblan mis leves plumas, y en mi carne  
paréceme sentir su garra fría...  
En la guerra futura del espacio  
que el vuelo humano desde luego augura,  
será el pirata a toda ley rebelde,  
y vencedor del viento de las cumbres  
la aérea nave no podrá rendirlo.

## IV CRESCENDO

Mucho tiempo estudié los rudos tonos  
de las fieras mayores, los rugidos  
del león, del jaguar, del toro hirsuto,  
el relincho de potros y guanacos  
como risas de cíclopes dementes,  
que en el alado reino horror infunden.  
¿Cómo expresarlos con las tenues cuerdas  
de mi débil garganta? ¡Oh, te juro!  
¡Si Beethoven y Wagner me escuchasen!  
¡Cómo las más grandiosas armonías,  
de lo creado traducirse pueden  
en el dulce y humilde clavicordio,  
o de Beyrouth en la gigante orquesta!  
¡Huy! y el silbar del viento entre las cimas,  
cuando impetuoso en su furor arrastra  
árboles, peñas, témpanos, y parte  
las duras rocas para abrirse paso  
con infernal estrépito; y el trueno...  
¡Misericordia! a remover parece  
que viniera, el cimientto del granito;  
y la centella que el incendio alumbra,  
al caer como látigo en la espalda  
de los cerros, que tiemblan como esclavos,  
rendidos de cargar sobre ella el mundo.  
¡Ah, y la creciente, luego! ¿Qué instrumento  
podrá jamás en músicos acordes  
su fragor imitar, cuando se juntan



todas las aguas que el abismo expele,  
para lanzarse a tiempo hacia los valles  
desolación sembrando y exterminio...?

-

(Aquí un compás para mudar de tono,  
porque la nota trágica me rinde  
y el variar de canción mi voz refresca.)

# V

## EL ROMANCE DE LA CALANDRIA

De ruiseñores nada sé; en mi vida  
no oí trinar al príncipe del canto;  
ni quiero, -pobre alondra americana,  
nunca salida del indiano bosque,-  
imitar al maestro del gorjeo,  
por más que sé de músicos, poetas  
y pintores que imitan de imitantes  
y copian de copistas, y sin tino  
empobrecen el arte eterno y puro.  
¡Ah!, más aquí tenemos nuestro *divo*  
donjuanesco, romántico, errabundo,  
cortejante de horneras y calandrias,  
no siempre fieles al galán esquivo...

Su voz aguda y el sutil encaje  
de sus trinos alados nos deleitan,  
hacen creer en su pasión, y locas  
de amor corremos tras su vuelo inquieto.  
Mucho tiempo sufrí, lloré y anduve  
loca y errante entre estos cerros hoscos  
sin contar mi pasión desenfrenada,  
él orgulloso y yo de amor transida...<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Leyenda viviente en una canción popular entre los paisanos de La Rioja, que comienza:

"El jilguero y la calandria  
eran dos que se querían  
y temiendo sus desprecios

Mas todo pasa, y hoy del arte presa,  
-no del artista-, redimí, *mi, mi,*  
*mi* corazón para adorar el mundo.  
Yo no tengo, -¿lo ves?- un canto mío:  
Todo canto es mi canto, y si tú fueras  
tan discreto, tan grave, te diría  
que es *Canción de canciones*, pues de todos,  
en el bosque, las aguas y los cielos,  
tomo la esencia íntima y secreta,  
La canción tiene un alma propia, suya;  
hay una diosa ignota e invisible  
que la difunde en el espacio inmenso  
cual la luz, el aroma y la armonía  
donde unguimos nuestra alma los devotos.  
Esa armonía tiene luz, por eso  
ruedan sin verse ni chocarse seres  
sin ojos y sin voces en la sombra:  
"su canción va adelante, ellos la siguen",<sup>2</sup>  
y aunque el cantor perezca ella no muere,<sup>3</sup>  
porque el amor le da vida infinita.  
¡Ah! -¿qué crees?- yo también sé hacer citas  
eruditas y nuevas; y en el valle,  
sola yo en el latín y en el romance  
-gracias al búho, al loro y la cotorra  
que han estudiado en la ciudad cercana,-  
puedo gozar de la alta poesía  
y recitarle trozos a la luna  
en sus noches de gala...

---

ninguno se descubría."

<sup>2</sup> Rabindranath Tagore, *The cycle of spring*, 1917, p. 101: "My songs precede, I follow"

<sup>3</sup> Rostand, *Chantecler*, Acte IV, sc. VII: "...la race méchante aime lancer du plomb dans un arbre qui chante!"

## VI EL ALMA DE LA NOCHE

¡Oh, si vieras este prodigio!  
¿Qué instrumento humano  
realizar puede ese difuso acorde  
de la luz hecha música y ensueño,  
que adormece a los mundos y revela  
la presencia del Único e Inefable?  
El hombre envanecido de su alcurnia,  
como aroma sellado, desconoce  
su propio encanto; más nosotros, libres,  
nos embriagamos del amor del mundo.  
¡Oh, las noches de luna en la montaña!  
La confidencia universal difúndese  
en las cuerdas templadas de un salterio  
que se tañe a sí mismo, ya que nunca  
verán los ojos la divina mano...  
¿Sabes algo de música? ¿Tuviste  
alguna vez revelación tan honda?  
Óyeme, -no te rías- soy solemne  
cuando mi cuerda toco entre mis *scherzi*;  
jamás tendrá el placer de la armonía  
quien no perciba el alma del espacio,  
de la piedra, del agua, de la selva,  
del ave, de la flor y del insecto:  
solo ella trae el mensaje de la estrella  
inaccesible de otros universos,  
y en rumores informes y difusos,  
y en tenues vibraciones, o en terribles

sacudidas y estruendos, nos avisa  
de un corazón que ama, sufre y lucha  
aherrojado en el fondo de la tierra;  
porque quiere salirse de su pecho  
a buscar a los otros corazones  
y no puede, y entonces les envía  
sus mensajes, sus ansias, sus promesas;  
y se deshace en lágrimas que, luego,  
llenan de amor-dolor toda la tierra;  
y son esos rumores y esos cantos  
por millares de cuerdas y de bocas  
exhalados, que piden la respuesta  
a los que animan los sidéreos reinos;  
y aquí armonizan, y en un punto ignoto  
que Pitágoras vio, -¡oh! no lo dudes-  
se concentra y se funde y se sublima,  
como una gota de agua, como un grano  
de polvo de oro, o punta diminuta  
de cristal diamantino, -aquella nota  
única, intraducible, que contiene  
la armonía vital del Universo,  
el éxtasis supremo, sin palabra,  
porque es verbo hecho luz, y es el Espíritu,  
y la Idea sin formas, porque engendra  
todas las formas en sí misma, y todos  
los ritmos de la música inmanente...

## VII EL PÓRTICO DE LA FÁBULA

¿Poeta, duermes? Tu pupila absorta  
bebe mi canto y con deleite, y veo  
que nuestras almas riman un ensueño...  
Yo no soy siempre así... soy calumniada  
porque sonrío, y en mi arte sano  
todas las gracias y los tonos copio  
de la infinita gama de los seres:  
mis recitados vagan y serpean,  
locos y graves y con libre vuelo  
por la mañana del inmenso acorde,  
como cruzo, me escondo, doy sorpresas  
entre las lianas de la selva virgen.  
El Maestro invisible lo ve todo  
y en su alma colosal todo se euritma.  
¿Duermes, poeta? ¿De emoción te callas  
al oírme cantar? Es que la tarde  
es suave y tibia como un beso, y dulce  
bajo la sombra de la enhiesta cumbre.  
¡Ay! ¡todo el día estuve aquí contigo!  
¿Qué dirán en el valle las hablillas  
de lechuzas, urracas y cotorras,  
que apenas de su envidia disimulan  
los furores...? Yo sé que eres poeta;  
de la naturaleza eres amante,  
y en fábulas intentas nuestras vidas  
al mundo revelar. ¡Ah, ten cuidado  
con el capricho en la invención! No pienses

sin estudio contar nuestras historias,  
como tantos hicieron, olvidando  
de los antiguos sabios la enseñanza.  
Aquellos penetraron el secreto  
de nuestro idioma musical, y hallaron  
de nuestras experiencias el tesoro  
para nutrir sus huecas metafísicas.  
Es que fueron humildes, y vivieron  
en fácil, provechosa compañía  
con nosotros, -Bilpai, Esopo, Fedro,-  
y los remotos de la vieja China,  
que la gesta animal os revelaron  
para llenar el mundo de enseñanza.  
Ellos nuestra Odisea y nuestra Iliada  
cantaron con deleite, tras sus huellas  
la nube de imitantes, glosadores  
de la misma canción, faltos de ciencia  
calumniaron a ilustres personajes  
de gracia virgen y belleza ungidos.

## VIII EL ASNO Y LA CIGARRA

¡Ah, pobre asno bendito! La calumnia  
tenaz, inextinguible, lo persigue,  
del hombre que lo explota y lo esclaviza  
y "burro" por estúpido lo llama,  
y carga en él sus culpas y defectos,  
y su propia ignorancia inagotable,  
y de su ingratitud todos los fardos.  
¡Ah, el buen asno seráfico, sublime,  
de los martirios y las servidumbres,  
de las resignaciones y heroísmos,  
de las renunciaciones y tolerancias,  
de los silencios y de los perdones!  
¡Asno santo y heroico, que en la vida  
salvas a tu señor y a tu verdugo,  
y le muestras magnánimo el camino  
en la tiniebla y la montaña, Salve!  
Todos lo veneramos en la tierra  
como un padre, maestro y sacerdote;  
y si su horrible voz rompe el espacio,  
todos sentimos su doliente queja  
de la injusticia y el desprecio humanos!<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> No olvides de citar, en este paraje, -pues dará a tu obra un prestigio de erudición, a parte de su íntima justicia,- el raro y curioso libro pseudónimo titulado *El asno ilustrado*, o sea, *La apología del asno*, con notas, y el Elogio del rebuzno, por un Asnólogo, aprendiz de poeta, etc. etc. editado en Madrid, en 1868, 582 páginas; y estos versos, sobre todo, de las páginas 11 y 12:



Y la cigarra, ese instrumento vivo  
de la Naturaleza, ese portento  
musical, esa voz multiplicada  
al infinito, esa unidad cantante  
del órgano invisible que salmodia  
un hosanna sin fin, armonizando  
todas las fibras de los seres vivos  
en una sola nota de hondo arranque,  
¿no fue también de Lafontaine burlada  
al recoger la secular calumnia,  
de ociosa imprevisión para su prole,  
cuando la ciencia justiciera sabe  
que cuando ella se da al supremo éxtasis,  
la Hormiga artera en su ala guarecida  
hasta verla morir su sangre bebe?<sup>5</sup>  
¡Oh, la burla cruel y el sacrilegio  
del hombre ignaro! En tanto que los delfios  
culto apolíneo a la cigarra rinden,  
al divino milagro de su canto

---

“Toda España

abunda en asnos grandes y selectos.

¡Oh, patria mía, España venturosa

a quien benigno concediera el cielo

el don peculiar de criar asnos

que la envidia serán del orbe entero;

tú sola, sola tú también gozaste

una gracia, un favor, un privilegio.

¿A quién debe la América la dicha

de hallarse ya poblada de jumentos?

A la España lo debe, sí, a la España.

Es gloria nuestra que en el hemisferio

nuevo mundo llamado, ya se encuentren

asnos que al descubrirse, bien sabemos

no haberse conocido. ¡Americanos

semejante favor, agradecednos”.

<sup>5</sup> J.H. Fabre: *Souvenirs entomologiques*, 5em S., página 221; Carlos Bruch, (del Museo de la Universidad Nacional de La Plata), Contribución al estudio de los “*Bethylidas*” (hymenoptera argentinos; de la Revista del Museo de La Plata, t. OIX 2da. Serie; t. VI, p. 442 a 446).

y al divino prodigio de su cuerpo,  
el satírico audaz la menosprecia.<sup>6</sup>  
Y ella entre tanto los secretos guarda  
del alma de la tierra, y de sus nupcias  
gloriosas con el Sol, el himno sacro  
en millares de voces multiplica.  
Este es un gran misterio de la raza,  
y en el mundo animal santo respeto  
se tributa doquier: cuando el *Coyoyo*<sup>7</sup>  
su encierro deja y de su canto inicia  
la anua estación, la tierra generosa  
de su maternidad el fruto ofrece.  
En los cálidos bosques, peregrinos  
los clanes, tribus, pueblos y familias,  
plantan sus tiendas nómadas, cosechan  
la dorada algarroba en altas *pirhuas*,  
se guarda, y luego en deliciosa aloja  
o en dulces planes de *patay*, se liba  
de Pacha Mama el culto sacrosanto,  
del amor creador, -¿sabes, poeta?-  
al son de yaravís y vidalitas  
alegres, tristes, como el dios lo quiere...  
y en mucho tiempo el tamboril no calla.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Anacreonte, Oda XLIII: Meleagro, Oda LVI.

<sup>7</sup> Nombre indígena, en el calchaquí, de la chicharra o cigarra.

<sup>8</sup> Nota Final. Como una ampliación de la N° 4, y como una antítesis a la asociación del asno y la cigarra en el mismo pensamiento vindicador del texto, recordemos la fábula de Esopo, en la cual el asno, por imitar a la cigarra, que, según la tradición poética, se alimentaba de rocío, se propuso beber solo este alimento, y murió de hambre. Además de la vindicación del sabio Fabre y del poeta provenzal que cita en su obra antes mencionada, el poeta brasileño Olegario Mariano, en su poema "Últimas cigarras", completa la leyenda antigua, modernizada y apropiada por Lafontaine, con este final justiciero:  
Deus que ouvira, entretanto,  
sentención da alta abobada vazia:  
-“Canta cigarra, canta, que o teu canto  
será teu pao de cada día”.

# IX

## LA ETERNA TRAGEDIA

¿Podrás dar a tus fábulas el hondo  
misticismo genial de nuestros mitos...?  
Pero, basta, poeta, me avergüenzo  
de tanto hablar: la culpa es de la tarde  
tan serena, tan tibia, y de esos tules  
azules que el poniente sol extiende  
sobre las cimas, y del vago soplo  
de amor que tiembla en toda cosa viva  
el ensueño y la música evocando...  
Quise decirte, -mas no me contengo,-  
que si amas nuestro mundo, y si lo estudias  
con ese amor, descubrirás primores  
de lenguaje, de gracia, de intenciones,  
reveladas en gestos, actitudes,  
ritmos sin fin, sonidos, movimientos,  
cantos, silbos, chirridos, coaxares  
graves o agudos, ásperos relinchos,  
que dicen sus amores, sus querellas,  
sus rencores de razas y ambiciones  
de dominio o de amor, por los que matan,  
mueren, odian, padecen y torturan,  
que persiguen, se chocan y desgarran  
en este valle de verdor risueño,  
como en ese "de lágrimas" llamado.  
"Todo es uno y lo mismo" entre nosotros,  
animales al fin, altos o bajos,  
y con distintas formas, amasados

de idéntica sustancia: el zorro, el búho,  
el asno, la serpiente, el perro, el mono,  
el carnero y el chivo, el león y el toro...  
¿Para qué más? si son los más pudientes.  
Y en el reino inferior de los insectos,  
desde el que vive en el corrupto estiércol  
hasta el *Tuco* imperial de luz eléctrica;  
y la Abeja y la Hormiga cuya gloria  
llena libros y libros; y la Araña,  
precursora en la ciencia de Pitágoras  
de futuros inventos no entrevistados  
de nuestros sabios y universidades,<sup>9</sup>  
y del gobierno eugénico, soñado  
por algunos videntes, arquetipo  
perfecto...  
¿Y qué diré del reino aéreo,  
del reino mío del color y el canto  
y del lenguaje musical? ¡Cuán pocos  
su fácil hermenéutica estudiaron!  
Es que para entenderse, lo primero  
es amarse, y los hombres no se aman.<sup>10</sup>  
Pero nosotros sí; con cuatro notas  
nuestro idioma se basta para todo  
lo que es la vida, amores y dolores,  
dolor y amor en toda forma y tiempo.  
Pero nuestro dolor de amor se hace,  
y nunca en odio al prójimo se torna,  
pues no es su culpa lo que es mal del mundo:  
y así el amor es ley de nuestra vida.  
¿Y la lucha, dirás, no es causa de odio  
entre animales? ¿No se come el fuerte  
al débil, y también su tierra y frutos?

---

<sup>9</sup> C. Warburton, *Spiders*, Cambridge University Press, 1922.

<sup>10</sup> Rabindranath Tagore, *Sádhana*, 1914, p. 106.

¿Cuál es la diferencia entre ambos reinos?  
¿Cuál es la justicia del dominio humano  
sobre nosotros, si como hace el tigre,  
el lobo, el buitre y la serpiente artera,  
la ley del hambre y la ambición aguza,  
y mata sin piedad ni miramientos  
bajo el pendón de la defensa propia,  
o la necesidad en ley erige;  
o la inocente víctima disimula  
de ajenos planes de dominio y muerte,  
cuando, en verdad, con arteria eximia,  
-éxtasis de odio sobre el mundo,- incendia,  
mutila y roba, arrasa y envenena  
el agua de la vida pura y casta?

# X LA FÁBULA MAESTRA

Así, poeta, si en tus fabulillas  
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,  
prefiero releer al viejo Esopo,  
quien siendo esclavo levantó al humilde  
y castigó del fuerte la soberbia.  
Tienes que hacer justicia a nuestra raza  
y a cada uno; innúmeros tesoros  
de gracia y ciencia te saldrán al paso  
si con bondad y amor tu actor estudias,  
y revelas sus rasgos exclusivos,  
sus defectos y faltas, pues, no ignoras  
que la comparación es gran criterio...  
Luego, los vicios colectivos saltan  
a los ojos de un ciego, si se exponen  
sin miedo y con verdad; que la censura  
airado y pérfida del aludido  
no es "Voz de Dios", sí amenaza ficticia  
que atemoriza al ánimo cobarde,  
pero se inclina ante el probado acero.  
Siempre es joven la fábula, interesa  
al niño y al anciano por razones  
idénticas; si envuelta en bello estilo  
por personajes propios, la doctrina  
surge espontánea de la acción, entonces,  
irá más hondo en la ávida conciencia  
del escolar, quien, por seguro instinto,  
resiste todo lo que sabe a dogma.

¡Ah! el más grave mal de los maestros  
es ignorar del niño la potencia  
sensitiva y mental, con que aparece  
en el mundo provisto, y el acervo  
acumulado de ancestral origen;  
y las revelaciones de los ojos,  
las confidencias del acorde ambiente,  
la caricia primera de la madre  
que el ritmo humano de su vida imprime,  
y el primer beso de la luz, que sella  
la comunión universal de su alma...

¡Y enseña que te enseña, y amontona  
fórmulas sobre fórmulas sin vida!

Entretanto, el espíritu del niño,  
como el torrente subterráneo, corre  
libre, espontáneo, férvido, impetuoso,  
fecundando los campos de su mente,  
hasta el día feliz en que el andamio  
inútil de la escuela se desploma.

Es preciso que el niño algo descubra  
por sí y su solo esfuerzo, como hacemos  
nosotros en el aire: ¿quién enseña  
al pájaro a volar? ¿quién en el canto  
nos da lecciones con horario fijo,  
y sujeta a medida los impulsos  
de nuestro genio?

¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices  
de la Calandria pedagoga, *goga*,  
*goga*, que nunca presenció una clase,  
sino de canto libre aquí en las peñas?

Pero te engaño, porque he conocido  
las maestras de una escuela de aquel pueblo,  
hoscas, malhumoradas, tercas, duras,  
con los pobres chiquillos, que pedían  
caricias y lecciones maternas,  
como las que nosotras, las calandrias,

damos a nuestros chicos, los picos,  
con la unción amorosa que hace fuego  
de nada, en la ceniza, en las escorias,  
donde el amor chorros de ciencia extrae,  
porque es amor y nada más...



# XI

## LA FÁBULA CLÁSICA

Mas dime,  
¿te hablaba de tus fábulas? Ya es tiempo  
-lo reclamamos todos en la selva-,  
de renovar los moldes carcomidos  
de los discípulos de Esopo y Fedro;  
y aunque el gran Lafontaine hizo poesía  
y Samaniego diluyó en tiradas  
de sofocantes silbas sus leyendas,  
buen rumbo a la inventiva señalaron.  
¡Pero no, si no es eso lo más bello!  
O se vuelve al camino, *ora smarrito*,  
*rrito, rrito*, -de Persia, India o Arabia  
de Aroun-al-Rashid, -¡oh el divino Oriente  
de toda magna luz! -o el alto estilo  
simbólico se sigue del *Chantecler*...  
y los problemas nuevos y futuros  
de ciencia, y arte, y religión, se enuncian  
también, que todo en ese molde cabe.  
¿Y la ciencia del pueblo? Si es que buscas  
asuntos nuevos, de profunda miga,  
de hondo saber, percuta el alma ingenua  
del paisano argentino: cuatro razas  
volcáronle su limo fecundante  
de dolor y de ciencia, que es todo uno.  
Y la superstición, y la conseja,  
y la intuición nativa, y el consorcio  
con los más sabios animales, todo,

creó en su mente un mundo aún velado  
para los doctos del "folklore" informe.  
Y esas nomenclaturas indigestas,  
y esas abreviaturas ilegibles  
en un latín de frasco de botica,  
¿qué le dicen al mundo, al niño, al hombre,  
si no llevan el drama de la vida  
del ave, del insecto, o del mamífero,  
o del "bípedo implume", -si tú quieres-,  
o la gracia, o el arte, o el oficio,  
o la debilidad, o los defectos  
de cada uno, para hacer doctrinas?  
Buffón el precursor fue de la idea,  
de la ciencia con alma y emociones,  
Mougeolle,<sup>11</sup> y Maeterlinck<sup>12</sup> la alta política  
penetraron de hormigas y de abejas,  
y de flores; y Fabre en su retiro  
ignorado de Europa y de su patria,  
el nuevo mundo del insecto alumbra,  
y redime a sublimes calumniados.  
Darwin me admira a mí: ¡Ese fue artista  
y sabio de verdad! Oye su elogio:  
"Mimus orpheus, que calandria llaman,  
surge entre todos por su egregio canto;  
es el único pájaro de América  
que canta por cantar".<sup>13</sup>  
¿No es esta, dime,  
del payador nativo la divisa  
y la del Genio en su valor más puro?

---

<sup>11</sup> *La statique de la civilización.*

<sup>12</sup> *La vie des abeilles y Hours of gladness.*

<sup>13</sup> *Viaje de la Beagle, p. 52.*

## XII GLORIA Y AMOR

En el fondo de todo, allá, en el fondo,  
donde no llega del “profano vulgo”  
la vista miope, el Genio es pura gloria,  
y la gloria es amor... Así, nosotros,  
cuando cantamos por cantar, cantamos  
por ensalzar de un grande amor la esencia,  
la que *inspira*, y *afina*, y *sintoniza*  
nuestras *fibras unísonas*, al timbre  
de la armonía ingénita de esa arpa  
invisible, gigante, a cuyo acorde  
sueñan adormecidas las estrellas;  
cuando el silencio de la interna música  
nos deja oír los íntimos reclamos,  
de las almas gemelas, que, de lejos,  
entre las nieves y las soledades  
del firmamento, siglos y más siglos  
nos presintieron y nos esperaron.  
Yo te declaro, -soy así, “muy dada”,  
repentista, espontánea, irreflexiva,  
y me encanta la dulce confidencia  
sin retorno, ni mira de provecho,  
-que mi pasión del canto y la poesía  
un alto amor, amor casi divino,  
busca de la armonía en los efluvios-,  
y mi conquista de renombre y gloria,  
solo es una guirnalda de mil luces  
para la beata frente de la Amada...

## XIII INTERMEZZO

Declinaba la tarde, el sol de oro  
fuertes brochazos a la cumbre envía,  
como un pintor de un raptó poseído,  
como ebrio del color de los crepúsculos.  
En las distantes y afiladas cimas  
ya se insinúa el azulado velo,  
primero y suave anuncio de la noche;  
en la voz de la Mima se dibuja  
tenue matiz de su melancolía,  
y del poeta el ánima arrobada  
anticipa el vacío de la ausencia.  
Ella no advierte en su delirio armónico  
el coro nuevo que a su canto sigue,  
cual si una mano oculta entre las rocas  
los tonos del ocaso difundiese  
en el arpa ideal de la montaña,  
tras los breves compases del silencio  
en que, en las lejanías del espacio  
la mutación del escenario ocurre,  
entre vagos murmullos y rumores,  
como íntima plegaria, o como ensayos  
*mezza voce* de nuevas melodías,  
la divina cantante me despierta  
de mi móvil espera:  
-“Mira, mira,  
poeta absorto, cómo los matices  
del cielo, el monte y la llanura cambian

con la puesta del sol: la luz es música,  
dice Kabir en su poema sacro,  
y la luz y la música están tristes  
con la divina unción de la partida.  
Mi garganta se vela con la sombra  
futura, como el alma cuando piensa  
en la noche, en el sueño, o en la muerte.  
Para mí no hay tristeza de concepto,  
sino en las cosas, que el ocaso unge  
de una melancolía engendradora  
de más ricas y varias creaciones.  
¡Oh, la alma noche! De las realidades  
más bellas *ella* trae las noticias:  
*ella* disipa nuestras dudas arduas,  
nuestras expectativas temblorosas,  
nuestras preguntas al espacio mudo,  
nuestros arpegios sin destino cierto;  
y de nuestros amores con las flores  
*ella* nos dice en cifras de perfumes  
el mensaje esperado, y en el mapa  
innúmeros de astros fulgurantes,  
cual nos responde con el nombre de *Ella*...

## XIV EL HIMNO AL SOL

¿Las fábulas? ¿Qué loca soy, no es cierto?  
Todo el día te hablé y nada te dije,  
por charlar, por charlar, y así me expongo  
a tu desprecio y a tu olvido justos.  
El alma nueva quiere nuevas formas,  
ve de otro modo, como es que es más alta,  
y entonces ve más hondo y más distante;  
o si tú quieres, al volver al seno  
de la naturaleza, nueva génesis  
a cada instante en sus entrañas crea.  
Es la virgen y clásica poesía,  
la que nace del polvo, de la piedra,  
del árbol, y del agua, y del insecto,  
y de todo, por fin, que anima y vive.  
¡Y todo vive! hasta el granito rudo  
que la ciencia “inorgánica” rotula.  
¡Es no sentir del mundo los latidos!  
Aunque hace siglos que cayó, aún suena  
en el oído y en el alma el canto  
ingenuo y simple del sublime loco  
del “Himno al Sol”, de aquel de las visiones  
y la música ideal, que, como nadie,  
más que mago ninguno del Oriente,  
comprendió el pensamiento de los pájaros  
y de todo animal, porque, adivino  
divino, con unción de amor tan solo  
evoca en nuestras almas musicales

la canción adormida, que es lenguaje  
impenetrable para el sabio arrítmico,  
-y que el místico, amigo y confidente  
de las aves, los peces y las fieras  
arrebató para decirnos cosas  
que entendemos, sentimos y cantamos;  
y poseídos del febril delirio,  
vibrantes al compás del ritmo eterno,  
que el vidente sublime nos imprime  
en su arco ideal, -*Soror mea cicada,*  
*veniad me, canta et Dominum creatorem*  
*tuum imbilo laüda*, -el himno magno  
del Sol alzamos en gigante coro.<sup>14</sup>  
Ya ves, poeta, cómo la poesía  
es la mágica llave del misterio  
de la armonía universal, promesa  
de universal conciliación, y acorde  
esencial de ese cántico supremo  
que arrulla la cadencia de los mundos...

---

<sup>14</sup> *S. Francisci Assitensis vita et miracula*. Auctore Dr. Thoma de Celano. Leg. Secunda, párraf. CXXX, p. 298.

## XV VANITAS VANITATUM

Vuelve a la fuente de la antigua fábula,  
al alma de esos seres que “inferiores”  
en su orgullo fulmina el hombre vano.  
Tú puedes ser un bienhechor si logras  
renovar en tus prójimos, -no el odio,  
porque odio el odio-, pero sí el desprecio  
por ese horrendo vicio que el Rey Sabio  
*“vanitas vanitatum, vinnia vanitas”*  
definiera y los hombres olvidaron.  
Y es que la vanidad crece más ancha  
cuanto más hondo la ignorancia anida;  
y en el mundo infinito de los cuentos  
los vanos y los tontos -que es todo uno-,  
forman legión, y entre hombres y animales  
llenan de espuma el *licor* de la vida,  
alimento de dioses. Mas... ¿concibes  
la fábula sin tontos? ¿Te figuras  
la fábula sin ellos; y la pléyade  
de genios, sabios y hasta semidioses  
sobre la ambiente estupidez alzados,  
que ni siquiera la elegancia suma  
perciben de ignorar alguna cosa?  
La vanidad es trágica, es terrible  
cuando en altas cabezas deposita  
su fiebre de grandeza y poderío:  
la muchedumbre pueblo, deslumbrada  
por sueños de avaricia o prepotencia,



soberana se cree y es solo esclava  
de ambiciosos, ocultos comediantes,  
que la consagran "santa democracia",  
y en realidad, es tibia gelatina  
que tiranos y autócratas incuba  
para su propio azote y vergüenza.  
La rutina, la inercia, la renuncia,  
engendradas en siglos de obediencia,  
crean la masa abúlica y pasiva,  
que bajo de sus púrpuras encubre  
del crimen y del vicio los horrores.  
Y la púrpura es sangre de sus venas  
que clama por Abel el inmolado,  
mientras Caínes sordos a sus gritos  
en torpe orgía de sus goces se hartan.  
Castiga la soberbia encegueda  
y la estulticia, sin misericordia:  
los pequeños y humildes te rogamos;  
habla por nuestra causa entre los hombres,  
y serás por mil cantos bendecido.

## XVI EL ROPAJE DE LA FÁBULA

Nuestra alma es clara como esta surgente  
que aquí en la peña sus cristales ríe:  
si no la comprendieron los poetas  
de la raza, la culpa es de la dura  
regla de hierro que enquistó el idioma,  
al juzgar como loca irreverencia  
el mezclar el lenguaje de los pájaros,-  
verbi gracia,- entre medio de las regias  
y sacras formas de la lengua docta,  
empobrecida a fuerza de abolengo  
cual sus hidalgos de raída capa.  
Usa la nueva-vieja habla libre,  
la que habla, canta y rítmica gorjea  
con las aves, y ruga con los leones,  
y con mosaicos de pintados jaspes,  
y tonos policromos de la gama  
inagotable de la aérea música,  
rejuvenece el lánguido romance.  
¿No leíste a Rostand, no viste, acaso,  
cuanta copia de verbo y armonía  
las aves le ofrendaron? Y Darío,  
aquel renovador imperturbable,  
esfinge por los genios habitada,  
evocador y mago, taumaturgo,  
que la *usata poesía* echó a la hoguera  
y arrancó de las llamas crepitantes

un mundo y verbo y armonía nuevos?  
Vuestra Academia, como rancia dama  
de palmeta, novenas y rosarios,  
mata a sus hijos el amor del vuelo,  
y el temor de pecar los paraliza...  
El Archipreste, en tanto, y el Quevedo,  
y el Gracián y otros más, darían solos  
vocablos para veinte diccionarios  
"limpios y fijos" y... la mar de gracia!

## XVII LUGONES, OBLIGADO Y MARTÍN FIERRO

¿Aquí en tu tierra? ¡Vaya si hay modelos  
donde beber a chorros la miel pura  
de las colmenas! Sabes que Lugones,  
el Buonarroti de la pluma, su hacha  
clavó en el tronco de la vieja forma,  
y como el de la higuera siempre encinta,  
la hinchada ubre en leche inunda el suelo.  
Ese es tu hermano en el fervor del culto  
del lenguaje animal; él, que es poeta,  
en flauta pastoril trocó su lira;  
en su paleta la color desborda  
y en su haz de nervios una orquesta canta.<sup>15</sup>  
¡Obligado! ¿Quién habla de la tierra,  
de la pampa y sus ríos, y de azules  
camalotes, de horneros y boyeros,  
sin enviarle un tributo, un homenaje?  
Las aves de este valle un día vimos  
pasar, cual peregrino de emociones,  
al trovador sin par de Santos Vega,  
Alameda y augur y sacerdote  
de la llanura, oráculo infalible  
de sus cantares y hondas profecías;  
sí, le vimos pasar, henchida el alma

---

<sup>15</sup> *El libro de los paisajes*, 1918.

de amor, de unción y de invisibles rosas,  
hacia Occidente, en pos de la otra cumbre,  
a arrojarlos al pie del Famatina,  
nupcial ofrenda de su amada pampa.  
Un alado cortejo, al son de cantos  
nunca oídos del bardo de las selvas,  
lo siguió hasta los límites del monte...  
Y por fin, Martín Fierro, ese insondable  
océano de ciencia y poesía,  
de la gente nativa biblia informe,  
donde alienta el espíritu de un mundo  
que un día, cual los mares circundantes,  
desbordados de pueblos infinitos,  
libres y cultos, llenará su seno,  
en eucarístico ofertorio; entonces  
la Fábula, simbólica libélula,  
surgirá de su sueño milenario  
para esparcir por esos mundos nuevos,  
en proliferación maravillosa,  
la gracia, el genio de la raza madre...

## XVIII

# LA GLORIA DE LA FÁBULA

Así diciendo, la divina artista  
con súbito silencio el canto trunca,  
cual lumbre que una ráfaga apagase,  
y con leve rumor de hojas, el vuelo  
hacia ignorado rumbo rauda emprende.  
Yo, inconsciente del tiempo -ya la noche  
en el yunque del sol sopló su frío-,  
desperté de mi arrobó y de mi ensueño  
al choque del silencio. Todo el coro  
antes parlero y luminoso, queda  
en mudez y tinieblas sumergido.  
Mi corazón con violencia late;  
mis ojos acarician todavía  
la ronda de visiones de aquel canto,  
y mi oído aún sintiendo continúa  
rumor de ríos de sonoras perlas  
dispersas por los ámbitos vacíos.  
Oh, ¿cómo ha de morir la poesía,  
y cómo la canción ha de agotarse  
ni huir del alma el dulce misticismo,  
creador infinito de belleza,  
de amor y de armonía? El Firmamento  
tiene su abecedario deslumbrante  
en su pizarra azul, y cada letra  
es un problema, un libro, un universo;  
las montañas en oros, manantiales  
de música, colores y misterios,

en grutas, nidos, nieves y nublados  
renueva eterna su mitología.  
La Fábula, deidad inspiradora  
de las selvas, los vientos y las aves,  
de insectos, de reptiles y de fieras,  
y habitadora de un rincón secreto  
del espíritu humano, de su imperio  
verá ensancharse cada vez las lindes,  
hasta que el poeta ignoto del futuro  
cante en himnos de paz y de armonía  
el triunfo del Amor y la Belleza.



Libro Segundo

Fábulas





# I LA ROSA Y SU TUTOR



Para criar de acuerdo con la ciencia  
una planta de Rosa primorosa,  
pusieronle un tutor con que la Rosa  
desplegaría toda su opulencia.

El abono, y el riego, y los cuidados  
a la mimada Rosa prodigados,  
por razón de adherencia muy sencilla  
sentaron al tutor a maravilla.

Y ocurrió que la Rosa se moría  
y el ávido tutor reverdecía;  
lo cual, visto del Gato sabiondo  
esta sentencia pronunció, de fondo:

*Ut servius definivit*, la ley quiere  
que la pupila y no el tutor prospere;  
mas el uso ha cambiado, y hoy se estila  
que el tutor medre y muera la pupila.

## II LOS PERROS LADRANDO A LA LUNA



eclarose cierta vez en el pueblo de los perros del valle andino, una espantosa miseria, a tal punto que los habitantes pensaron en un general exterminio de ellos, por todos los medios más eficaces.

Viendo el inminente peligro de toda su raza, un enorme Bulldog, guardián preferido de una rica finca, y que imperaba en la comarca, y era obedecido y temido como caudillo valiente y abnegado, previendo que sus hermanos y secuaces vendrían a pedirle consejo y salvación, adelantose a ofrecerles su ayuda.

Reuniéronse una noche de luna llena, todos los perros en meeting de protesta y amenaza, en busca de su amado caudillo, aullando y ladrando en todos los tonos, de manera que infundía terror el áspero desconcierto de sus voces que pedían justicia, defensa y aliento para saciar el hambre extrema.

Condújoles el Bulldog, con palabras graves y contenidas, hacia un claro del bosque, y subiéndose a un peñasco de la ladera desde donde dominaba su inmenso auditorio, díjoles otra vez con verdadera energía y no vulgar elocuencia.

-Amigos, hermanos. Nadie como yo lamenta y condena la miseria que os aflige y la injusta pena con que vuestros tiranos os amenazan para desembarazarse de vosotros; comprendo que la resistencia colectiva y aun la guerra serían la mejor actitud que os convendría; pero los tiempos no son propicios, y más que eso, carecemos de medios de defensa y de ataque, y la sequía y las pestes han arrasado con todos los recursos de la región con los cuales habríamos podido sos-

tener una vigorosa campaña contra nuestros perseguidores, quienes por quererlo todo para sí, privan de su mendrugo y de un hueso a los guardianes domésticos, a sus compañeros leales de toda la vida.

-Es el caso, -amigos y hermanos,- de dirigir nuestras miradas hacia arriba, donde brilla esa inmensa rueda luminosa que nos alumbra, la cual, según la tradición de nuestros antepasados, debe descender convertida en queso, en los momentos de una grande y verdadera necesidad para nosotros y nuestra prole. Clamemos a la luna todos a una voz, para que, cumpliéndose el vaticinio antiguo, baje a traernos el abundante alimento de su seno inagotable.

Y dicho esto, como poseídos de un fervor súbito, pusiéronse a ladrar a la luna plena, un millar de perros de la asamblea, mientras el Bulldog de la arenga tomaba el trote majestuoso hacia la opulenta alquería, donde su estómago podría saciarse y regalarse con ruedas más suculentas y efectivas que la lejana y anémica “viajera de la noche”...

### III

## EL NOGAL APALEADO

*E' l tronco suo gridó: perché mi schiante?*

*(Inf. c. XIII, v. 33)*



n cierto pueblo de la montaña, unos paisanos tenían un Nogal corpulento y frondoso, el cual les daba para vivir un año con la suficiencia de los pobres.

Ningún cuidado, a no ser un escaso y tardío riego, dispensaban al generoso y paciente árbol; y, además, para cosecharle su fruto, se armaban de largos garrotes con los cuales castigaban sus gajos y hacían caer en confusión, junto con las nueces, las ramas extremas y más lozanas.

En uno de esos años comenzó a notarse una gran merma en la habitual abundancia de la cosecha; y creyendo los dueños que ella se debía a que no lo castigaban bastante, la emprendieron con él a palos con tal furia, que no tardó el Nogal en quedar convertido en un esqueleto.

Fue entonces, que por una de sus heridas abiertas, les gritó, entre doliente e irritado:

-Pero bárbaros: ¿Por qué me apaleáis de este modo? ¿Así me pagáis el alimento y la sombra que hace años os regalo?

Y ante la sorpresa y el espanto de sus verdugos al oírle hablar, el árbol concluyó:

-Si al que trabaja y produce para vuestro sustento y comodidad lo maltratáis, y creéis por la violencia arrancarle mayor esfuerzo y rendimiento, sois unos ignorantes y unos perversos, porque ni los hombres libres, ni los esclavos, ni los animales, han dado nunca más por ser castigados.

Todos tenemos una vida y una alma que necesitan el cuidado del amor y de la ciencia. Si no nos tratáis bien por amor o caridad, como iguales, hacedlo por vuestra conveniencia, y seréis así más justos y felices.

“Por cálculo ser buenos, nada empecé,  
ya que no por amor del que padece”.

## IV EL AVESTRUZ SILBADOR



ajo las ramas de un centenario algarrobo, decano de la comarca y club consagrado de todos los personajes de sus fábulas, una Lechuza, una Chuña y un Gavilán, platicaban en amistosa compañía sobre cosas de que las gentes de todos los reinos se ocupan con preferencia, es decir, del prójimo y sus intimidades, cuando acertó a pasar a su vista con su tranco de tragedia y su silbido insulso y vacuo, un Avestruz de largas y escamosas piernas.

No tuvo siquiera una mirada para los del corrillo, a pesar de que se le advirtió ese soslayo fugitivo de los que reparan en la presencia de quien no quieren saludar.

-Che, -preguntó la Lechuza al Gavilán con cierta sorna intrigante, -¿por qué no te da los buenos días ese tipo de suri?<sup>16</sup>

-Debe ser porque hace algún tiempo tuvimos cierta disputa por unos polluelos que él santa y buenamente incubaba... y... Y a ti ¿por qué tampoco te ha caído en cuenta?

-¡Psich! Será porque yo no le he caído en cuenta a él, y porque siempre le aventajo en la caza de los insectos de la tierra, que le gustan, y porque yo no ando por esos campos papando moscas, como él.

---

<sup>16</sup> Suri. Rhea americana, L. avestruz del Tucumán. Garc. de la Vega, 1, v. 10. Markbam, Vocabulary of the general language of the Incas or Perú, or Ruma Simi.

-Pues a mí, -agregó la Chuña,<sup>17</sup> -porque soy su parienta, juró no hablarme más en la vida, porque no quería reconocer una semejanza que le ridiculizaba, según él...

-Si así se conduce con todos los demás habitantes del bosque, pronto no va a tener con quién cambiar una palabra, -replicó la Lechuza.

-Y así nomás le sucede ya, -concluyó el agraviado Gavilán, -porque esta laya de tontos, tan difundida en la tierra, con distintos nombres, y que no sirve sino para ser desplumada, se parece a esos políticos tercos e intransigentes, que creen punto de honra no dirigir nunca más un saludo, y menos la palabra, a las personas con quienes alguna vez han tenido una contradicción o una querella... Por eso este anda así, solo y silbando, porque después de tantos años de vida pública, es claro que no le ha quedado más que hacer.

---

<sup>17</sup> Chunnia Burmeisterí (Hartí) Rehb. *L.J. Fontana*. Enumeración sistemática de las aves de la región andina. (Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca). San Juan imp. "La ley", 1904.

# V

## LOS DOS SABIOS



ozaba en la montañosa comarca, entre todos los animales, gran fama de discreta y parca sabiduría, un enorme Asno, bastante entrado en años, cuya conducta intachable era adornada con la rara virtud del silencio. Esto lo distinguía y los hacía simpático, entre los demás de su familia, cuyo áspero rebuzno jamás pudo alcanzar de las academias ni un modesto accésit de canto.

Por esto fue que un día, durante una asoladora peste en la región, resolvieron pedir al reputado cuadrúpedo, su consejo salvador y decisivo, para poner remedio a los comunes males.

Recibiólos él con aire sonriente y bondadoso en el cual se transparentaba su acendrada modestia y díjoles:

-El caso tiene... como es natural... su solución... pero ustedes deben consultar al sabio Doctor... Yo mismo les haré compañía.

Y toda la asamblea de los afligidos animales se encaminó hacia la residencia semi campestre de un afamado médico, ante cuyo saber se inclinaba todo el país, reverente y sumiso.

Paciente y magnánimo, escuchó la consulta de sus hermanos inferiores, y entonces con palabra cariñosa e insinuante díjoles:

-El caso, hijos míos, es de carácter tan local y tan propio de la comarca, que es preferible la opinión de algún nativo de ella. ¿No han consultado allí con alguien?

-Sí; hemos pedido el parecer de nuestro convecino más caracterizado, el Asno, aquí presente, pero...

-Yo... -rumió el aludido, bajando la cabeza como ruborizado.



Y bien...

-Y bien -interrumpió un Zorro viejo, con mal disimulada ironía, -es mejor volvernos a nuestro valle y defendernos con nuestros propios medios.

“Porque aquí, amigos, a lo que discurro,  
y sin querer a nadie hacer agravio,  
el burro con callar quiere ser sabio,  
y el sabio por no errar imita al burro”.

# VI LA LECHUZA Y EL REY DE LOS PAJARITOS<sup>18</sup>

*Al Sr. Senador Víctor C. Guiñazú*



cercábase el día en que el Rey de los Pajaritos debía venir al valle montañoso a exigir a todas las aves menores de la región su tributo de sangre, su víctima tradicionalmente inmolada a la voracidad del despota de pico y garra potente. La inquietud reinaba en los nidos, sus cantos se entristecían y sus diálogos de amor cedían a los trémulos gorjeos del miedo.

Una Lechuza muy gazmoña y muy vanidosa, que no abandonaba ni un solo instante su atalaya en la estaca o en el tronco más visible de la comarca, empezó a cavilar de cómo salvaría a su hijo de la terrible elección y se acordó por fin de que todos los tiranos tienen una hora de clemencia, y se propuso aprovecharla.

Iría, decidida y resuelta, a ver el monstruo y pedirle directamente la gracia; y ya vería allá de qué maña se valdría para ablandar ese corazón de acero. Lo halló muy acurrucado en el borde de un fuerte nido, seguro como castillo almenado, enclavado en el hueco de un risco empinadísimo y como afilando los puñales para el cercano banquete de carne viva.

---

<sup>18</sup> *Glaucidium nanun* (King-Fontana)

-Muy soberano señor y amo, -le dijo con todo respeto y humillado tono,- vengo a suplicarte un gran favor en atención a mi viudez y desamparo. No tengo más que un hijo que es mi sostén y mi único cariño y consuelo para mi vejez, y debe acudir a tu llamamiento para el sacrificio... Señor Grande y Magnánimo, apiádate de este corazón de madre, y salva a mi hijo de tu garra sangrienta, pues vendrán miles de otras aves entre las cuales podrás elegir tu presa.

-Y bien, señora Lechuza, -replicó el Gavilán enternecido- te ahorraré ese dolor, pero necesito conocer a tu hijo para distinguirlo entre tantos y tantos... ¿Cómo es?

-¡Ah, señor piadoso! Pues no tienes más que fijarte en *el más bello de los pájaros del valle*, y ese es mi hijo.

-Entendido, vete tranquila y no asustes tanto a la gente con tu chirrido fúnebre y tus ojos de bruja.

Y así diciendo, mientras Misia Lechuza emprendía hacia otro paraje su vuelo nervioso, el Rey comenzó desde la copa más alta del árbol a lanzar sus estridentes gritos de convocatoria, que retumbaban en los cerros como un clarín del juicio final.

Por fin, el Rey dirige su mirada radiante e hipnótica a la multitud alada; busca su víctima con ansia y recordando la promesa a Mamá Lechuza, tira su zarpazo al más feo y deslucido del concurso, el cual quedó muerto en el acto, y sus trozos sanguinolentos desaparecieron en breve en el vientre del famélico Rey, mientras un confuso rumor de vuelos marcaba la dispersión de la asustada asamblea.

Lanzó la Lechuza un estridente grito de dolor pues era su hijo la mísera víctima, y encarándose con el Rey le reprochó airada la falta de su promesa.

-No tienes razón para quejarte,- contestole con toda sinceridad el déspota,- tu vanidad de madre te ha perdido, pues yo para salvar a tu hijo, no busqué al *más bello de los pájaros*, sino *al más feo* y desmedrado de todos, y ya ves si eres injusta, además, pues yo, para complacerte, ni he saciado mi apetito ni he logrado tu gratitud.

## VII LA TÁCTICA DEL TERO-TERO



amentábanse una vez, reunidas varias aves en un rincón bien guarnecido del inmenso bosque de la cercana pampa, y a la margen de una laguna, sobre la avaricia y la crueldad de los hombres, que no dejan en los nidos empollar los huevos, sin arrebatárselos y despojarlos para su comercio, sumiendo en la desolación a tantas madres amorosas, como la Perdiz, la Torcaz, la Gaviota y aún las humildes Gallaretas del pajonal.

-¡Ay!- gimió la Perdiz,- yo no tengo paz en mi vida, sino en las cuevas, o en la fuga y la emigración, porque, con los perros malditos, ya no tengo escondite seguro al aire libre de los prados. Nos asesinan los cazadores y nos roban nuestros hijos dentro de sus cunas de pintada cáscara.

-¿Qué diré yo, -secundó la Paloma con su genial melancolía,- cuando ha debido mi raza someterse a triste y voluntaria misión de procrear para morir cada vez con mayor fecundidad, y sin esperanza alguna de liberación!

-Y yo, -chilló la Gaviota,- ni siquiera por el bien que hago a los labradores, al limpiar el surco de larvas, gusanos e insectos de toda clase, se me respeta mi nido, porque los rebuscadores repletan sus canastas para ir a fabricar después toneladas de golosinas que devora el vientre insaciable de la gran ciudad, y apenas si logro salvar algunos huevos para perpetuar la especie...

-¡Ha, ha, ha!, y a mí,- terció con cierto aire elegante el Cuervo acuático,<sup>19</sup> -ignorantes de mi ascendencia divina, y sin duda porque me creen de la familia de aquel del Arca, que no volvió nunca y fue a morir en el convento de Arsinos en noche lúgubre, rapaz, hambriento y fétido, me tienen rabia y apenas me dejan abrir la azulada cáscara en que vienen al mundo mis hijos, como regalos de hadas en estuches de zafiro...

-¡Oh, oh, oh!- murmuró una oscura Gallareta saliendo con gracioso giro de una estrecha ría de pajas, -mi suerte no es mejor que la vuestra, amigos, porque a mí no solo me toman por pato fino los tartarines de le escopeta, sino que todavía los mercaderes de huevos devastan mis pobres nidos para mixtificar a las gentes, haciéndoles pasar por de otras especies aristocráticas, como la Martineta, el Barcino, el Silvón, el Picazo, o por el tan deseado de...

-¡Tero, tero, tero!- gritó pidiendo la palabra como cualquier diputado novel, un curioso y vecino Tero Real de grito inconfundible; -perdonen ustedes que me mezcle en su conversación, que he oído de cabo a rabo desde esas matitas de pasto; pero como soy también de los doloridos, deseo darles un consejo con el cual pueden defender su prole contra la voracidad de los hombres. Hagan lo que yo hago para salvar mi nido... Hay que esconderlo bien entre las rendijas de la tierra, o bajo las más tupidas floraciones del matorral y entonces alejarse a una distancia para dar el grito y hacer creer al cazador que allí se encuentra el tesoro de su ansia canibalesca, mal disimulada bajo mil títulos que él solo se adjudica. Extraviado y desorientado, busca y rebusca; y por lo menos, si lo halla, que le cueste una gota de sudor...

-¡Qué quieren, hermanos! Ya que no nos es posible defender nuestro hogar y nuestro nido con la fuerza, valgámonos de la astucia, el gran recurso de los débiles, contra la tiranía y la injusta apropiación

---

<sup>19</sup> Plegadis guarauma (Linn); Ibis falcinellus (Hudson, 1870, Buenos Aires); Ibis chaleoptera (Burmeister, Paraná, Mendoza).

que el hombre se ha decretado sobre el fruto legítimo e inocente de  
nuestros amores y de nuestros dolores...

## VIII EL ÁGUILA Y LA COMADREJA



ientras en graciosas y serenas curvas planeaba encima del dorso de la altísima sierra de Velazco una águila corpulenta y nervuda, vio de pronto en el fondo del valle, con sus inimitables objetivos, una presa recién caída, una tierna borreguilla a la cual la sed y la fatiga rindieron, expuesta por la muerte, en festín abierto y libre a todos los rapaces de la región. Con un rápido y elegante movimiento que ninguna aeronave podría acaso realizar, plegó las alas y lanzose hacia el suelo desde su inmensa altura, con el ruido cortante de una flecha que va a hundirse en el pecho enemigo. Al tocar las primeras copas de los arboles de la quebrada profunda, abrió de nuevo sus alas, y describiendo una gentil espiral descendente, fue a aterrizar con sus afiladas garras al costado de la víctima, que aún abría sus pupilas inmóviles y difusas, como suplicando la vida.

Iba la reina de los espacios a clavar sus garfios en la carne fresca, cuando desde el matorral próximo, oyó que una Comadreja, con cascada voz, le dijo:

-¡Hola! ¿Con que también Vuestra Majestad se digna bajar a estos pestilentes parajes a buscar el alimento como nosotros, los míseros mortales?

-Por más que me lo digas en tono zumbón, hay entre tú y yo una distancia que tu pobre caletre no puede calcular ni siquiera concebir; la misma, en cierto modo, que existe entre la cumbre que yo habito y las cuevas hediondas que a ti te sirven de morada.

-Orgullosa siempre y consentida, cuando no tienes ni el mérito de cuidar tus hijos, que andan por esos aires como dejados de la mano de Dios. Ya tuvieras por los menos el mérito mío, que me sacrifico hasta llevar en mi propio seno mis crías, sin dejarlas un momento solas.

-¡Vaya una vida y una misión! ¡Arrastrarse dentro de las sombras por bajíos y fangales viviendo de raterías y desperdicios, sin atreverse a ver la luz del día! Linda prole vas a formar con esos tus cuidados maternales. Eso no se llama maternidad, sino esclavitud vil y miserable. Y así vosotros no levantáis jamás la vista del suelo, y no podéis ver cómo el Águila vive, prolífica, guía sus polluelos y mantiene la nobleza -la realeza, diré más bien-, de su origen y de sus destinos superiores. Mis hijos, son hijos del Águila, ¿sabes tú? Cuando están en el huevo y en el nido, el Sol, su padre espiritual, les envía su calor y su fuerza; y cuando rompen la cáscara, ya salen con sus alas listas y con el poder de mantenerse en la altura. El Sol, sí, el Sol, fuente de la vida del universo, que hasta vosotros llega en vuestras viviendas infectas para fecundaros y salvaros de la muerte, es mi amado, mi atracción, mi ideal supremo; y para Él vivimos y hacia Él volamos y en Él abstraemos nuestros pensamientos, madres, hijos y todas las generaciones. Todos vosotros, seres inferiores y rastreros, estáis destinados a servirnos de sustento a nosotros, los del espacio, los de la luz, los de la llama infinita que alimenta la vida del mundo... ¿Has entendido?

-¡Qué! Yo no sé nada de esas agüerías y locuras... Déjame en paz...

-Bueno, pues quédate ahí agobiada por tu costal de hijos embolsados, que no te permiten alzar los ojos a ver un rayo de luz, créalos así para aumentar el reino de las sabandijas y alimañas estúpidas y dañinas que apestan la tierra; yo me voy con mi presa hacia las cumbres bañadas y calentadas por el Sol, donde los hijos del Águila ya vuelan tan alto como ella, siguiendo la ruta infinita del astro Padre, con el impulso del genio, de fantasía ideal que yo, su madre divina, ungida por el Espíritu, les infundiera con mi sangre.

Y alzando entre sus garras la corderita exánime, abrió de nuevo el Águila sus musculosas alas, y mientras se sumergía en el océano



luminoso de las cimas, gloriosas de azul y oro fulgurantes, la rastre-  
ra Comadreja, con su bolsa llena de hijos, gruñendo y murmurando  
informes maldiciones, se hundió en el seto oscuro y nauseabundo,  
donde tenía su cueva y donde le esperaba su tumba.

## IX UNA BATALLA AÉREA



Desde los nebulosos tiempos de la “Batrachomiomaquia” no se vio batalla más colosal que una librada hace años, sobre las primeras serranías de la cordillera andina, y de la cual da cuenta esta singular historia.

Era que un ejército aéreo del ignoto Imperio Acridio, tan vasto y tan tupido que en el horizonte del Oriente formaba una nube roja oscura de algunas leguas, apareció un día entre el espanto de las gentes comarcanas, y no menor alarma de los numerosos reinos animales que pueblan los valle, las montañas y los aires de aquella inmensa región, que veían ya talados los rozagantes brotes de toda la vegetación con la cual se prometían una primavera y un verano opíparos.

Al punto, los más veloces y los más estentóreos se pusieron a correr, a volar y a gritar por esas soledades escarpadas, llamando a todos los capaces de tomar la defensiva y la ofensiva contra la formidable invasión en marcha.

No se sabe de dónde y por qué milagroso conjuro, asomó de pronto por entre unas grietas del granito una enorme águila, la cual, desde un picacho agudo, lanzó un silbido tan estridente, que, oído en todos los rincones, grutas y nidos de la cordillera hizo surgir de súbito tal número de águilas, que casi parecían tantas como los diminutos individuos del ejército invasor.

-Hermanos del invencible y celestial Imperio Aquilino, soberanos de los espacios infinitos e inaccesibles, la hora de las pruebas decisivas ha llegado, y pueblos innumerables de animales y de gentes con-

fían en nosotros la salvación de la vida, contra el eterno destructor de todo cultivo y de toda natural floración.

“Nuestras garras, nuestros picos y nuestras alas armadas de garfios, pueden en un solo ataque exterminar o poner en fuga al engreído enemigo, el cual, según las sagradas tradiciones, nunca debe atravesar las altas cumbres de estos montes.

“En marcha, y que, si el adversario logra nublar por su número la luz del sol de levante, las formidables y aladas regiones aquilinas, anticipen la noche en el hemisferio del occidente, y que perezcan todos los invasores en las tinieblas”.

Cuando concluyó la arenga el Águila Real, la batalla era inminente. El Acridio llegaba ya semejante a una silenciosa ola de sangre, hasta las líneas de la defensa, que se extendían como una gigantesca nube gris, por encima y por las faldas de las montañas bañadas por el sol declinante.

El encuentro fue espantoso y extraordinario, porque la extensa línea de las águilas quedó de súbito despedazada en casi toda su longitud, porque cada una de ellas, al atacar en el aire al diminuto enemigo, perdía el equilibrio o la estabilidad, y caían en racimos hasta recuperar su flotación, en cuyo intervalo la ola terrible del Acridio avanzaba y avanzaba, filtrándose por entre las apretadas filas de los defensores.

No tardó el Águila Real, conductora de aquel singular combate, nunca visto en los anales del mundo, en darse cuenta de la inutilidad de todo su alado ejército, contra aquella lluvia torrencial de proyectiles animados, mudos, sordos, insensibles, inconscientes, autómatas movidos por un impulso invisible y fatal hacia adelante, hasta consumir la obra destructora de su misión incontestable.

En esta meditación se hallaba, sin resolverse a dar la señal dolorosa de la dispersión y de la fuga, cuando un Cóndor, que navegaba serenamente por encima de la región de la batalla, como un misterioso enviado del Destino, acercose a ella, y con grave y paternal acento le dijo:

-¡Oh, augusta pariente y amiga! Es inútil que te obstines en combatir contra un enemigo tan desproporcionado, e intangible e impalpable. Las tradiciones de honor, de heroísmo y de religión, nada valen ante la realidad matemática y física del número, y de la infinita subdivisión individual. La majestad y la aureola de tus legiones soberanas caerán envueltas en el ridículo; y es consejo que por mi intermedio te envíen todas las potencias aladas, que neutrales contemplan desde sus nidos o atalayas esta estupenda aventura de tu raza. Es preferible una dispersión oportuna a una resistencia estéril, y que se cumpla la ley que los impulsa, de devastación y de exterminio. Si unos cuantos pueblos vecinos padecieran carestía y hambre, en cambio otros más lejanos y de diferentes instintos tendrán cosecha abundante sobre los campos de la muerte. Las potencias aladas te piden que hagas cesar toda agresión y disperses tus ejércitos, para que vuelvan a sus nidos y esperen mejores tiempos. Ya ellas deliberarán para compensarte una vez satisfechos los legítimos derechos de la victoria...

Y sin esperar respuesta, continuó su vuelo regio, mientras el Águila lanzaba a los aires el grito desgarrador de la fuga, y la inmensurable ola roja de Acridio, seguía hacia el Occidente su marcha de inundación, incontenible, imperturbable, imponente y terrorífica, cual si el infinito Océano de Silencio hubiese salido de madre...

# X COMIENDO Y GRUÑENDO



veces, amado lector, los gerundios son inevitables, pues, con toda su fealdad reconocida, sirven para acentuar ciertas cosas de difícil expresión, o como en el caso de los *similia similibus*, para curar la dolencia por el exceso de lo mismo que la ha causado: todo lo cual, espero tendrá su justificativo en el siguiente verídico relato.

Era que entre la jauría de la estancia criolla había perros de todas las razas, hábiles y fuertes, veloces y combatientes; y el amo los cuidaba como a miembros principales de la familia y como a tales los quería con singular e intenso cariño, a cada uno según su valor, su gracia, su inteligencia, o su destreza.

El rey o capitán de esta brava tropilla, era un corpulento y hosco Bulldog, quien la mantenía bajo ruda disciplina a fuerza de fuerzas y de mañas, pues ya, medio viejo y regalón, abusaba demasiado de su poder y respeto, en provecho propio.

Así, cuando husmeaba una carneada próxima, ya empezaba a ponerse malhumorado y hostil con los demás compañeros, y aun con los patronos; y nada se diga de la hora de la merienda, porque entonces, posesionado de la batea desbordada de sangre fresca, gruñía y amenazaba a los demás con sus dientes felinos, de manera que sus súbditos a penas sentían el gusto del incitante líquido, a causa de tanto enojo.

Todo lo que él comía o bebía era nada en relación a su merecimiento, y lo que alcanzaban los otros habían de reconocerlo como merced o dádiva suya; y con esta política persistente y tenaz, logró su propósito de que todo el mundo viviese pendiente de sus caprichos,

para satisfacérselos por miedo a sus terroríficos gruñidos, y que sus hermanos de oficio le hiciesen coro de obediencia por temor a sus mordiscos y atropelladas, que a cada instante hacía crecer en trágicos entreveros.

Esto motivó cierto diálogo, mitad temeroso, mitad irreverente, que mantuvieron un día, a solas y a hurtadillas, uno de los perdigueros de la estancia con el mastín familiar del patrón, perro pueblero y muy civilizado, que viajaba siempre en su compañía y había visto bellas ciudades, y asistido, sin faltar a ninguna, a las reuniones políticas que aquel celebraba siempre en su palacio de la capital.

-¿No te parece, hermano,- preguntó el sutil cazador al grave representante del amo-, que este Bulldog nos hace un poco el cuento del terror para pasar la gran vida en la estancia, y mantenerse en las alturas de su posición de Indispensable?

-Has pensado bien, mi pequeño,- le respondió el culto interlocutor-, y ese perro que, sin duda, no carece de alguna aptitud positiva para el trabajo ordinario, tiene sobre todas, la de “hacerse valer” entre todos los superiores por la manera de tratar y dominar a sus inferiores. Como estos le tienen miedo, aquellos lo creen poderoso, y a su vez, aprovechan su prestigio, mientras dura. Me hace acordar a algunos señores de la tertulia de mi amo, en la ciudad, que cuando no tienen empleo, se le enojan y lo muerden, de palabra o por escrito, para que él los haga callar con elevadas posiciones, y cuando las tienen seguras, siguen la misma táctica para no perder la fama adquirida...

-De manera...

-¿De manera, que en la estancia, los que viven comiendo y gruñendo, son los inventores de una verdadera política... nueva?

-Nueva o vieja, lo cierto es que tu jefe, el Bulldog, entiende muy bien la suya.

# XI

## EL POLLINO Y EL AUTOMÓVIL

(Al Emir Arslan)



odeado de una brillante corte de ágiles potrancas, entre las cuales reinaba sin rivales ni temores, admirado y querido por su fuerza bien probada en cien combates, su abnegación para cuidar del harem y la elegancia disputada de su robusta juventud, paseábase una tarde de otoño por los amenos valles de la sierra de Córdoba, un Pollino de luciente pelo gris rosado, de negra crin, nervudo pecho y vasos tan pequeños como acerados.

Contaba a su favorita -deslumbrada y embebecida por el relato-, las proezas de su vida de aventuras por los llanos y montañas, hasta conquistar su prestigio actual, y de cómo nunca hubo asno, mula, caballo, ni galgo, ni monstruo alguno que le venciese en la carrera, cuando en las lejanías del camino se divisó, como un cometa de larga cabellera, un automóvil que dejaba tras de sí una tupida columna de polvo encendida por el dorado sol de la estación.

Paró la oreja con alarma y coraje al mismo tiempo, viendo que su compañera notó la rara coincidencia del vehículo recién aparecido, y del cuento, sintió un violento vaho de orgullo quemarle la sangre y se dispuso a correr a su costado hasta demostrar a su tropilla como él no era de esos que mantienen su dominio a costa de mentiras.

-Ya veréis vosotras, como ni hay quien me gane a correr, ni me eche en los ojos la tierra de sus patas ni de sus ruedas.

Y apenas esto dijo, y viendo que el inesperado competidor llegaba ya junto al grupo, se puso a su frente y se lanzó a la carrera más violenta, resuelto a no ceder el éxito de la partida por nada del mundo.

Los viajeros de la máquina sintieron el regocijo de la extraña contienda y redoblaron su velocidad, mientras que la consorte del orgulloso Pollino presagiaba desde lejos, con mezcla de asombro y melancolía, el inevitable desastre de su esposo y señor: que no tardó en producirse, pues faltó ya de resistencia, rotos sus tendones y asfixiado su pecho, rodó por la tierra polvorienta, en medio de la algazara de los tripulantes del incontrastable cuadrúpedo de metal, que se perdió en lontananza, envuelto en su densa cauda de tierra cernida...

Corrieron al encuentro del caído las yeguas de la manada. La favorita se acercó a él entre risueña y compasiva; las otras le dirigían expresiones de convencional simpatía; pero la más sincera le habló diciendo:

-Ahí tienes una carrera tan tonta como inútil. Tú crees que tu vanidad y prestigio de Pollino te bastan para afrontar todos los lances de fuerza o de rapidez, y pretendes por este medio prolongar tu ascendiente viril sobre nosotras.

"¡Qué equivocado estás! El esfuerzo razonable y discreto conserva el aprecio y la amistad de los que nos rodean, pero la pretensión desmedida solo nos atrae la burla y el descrédito irreparable. Ve, y otra vez sé más prudente, y si estas compañeras no te abandonan desilusionadas, nunca más intentes embaucarlas con irrisorias hazañas como esta, porque es bueno que lo sepas: el amor puede acompañar a la desgracia, y acaso al crimen, pero no vive una hora en compañía del ridículo...



## XII EL TORO Y LA LOCOMOTORA



Imperaba en toda la hacienda como señor absoluto, con el nombre de “Temerario”, un toro negro overo, de esbeltas y vigorosas formas y afiladas puntas, con las cuales había degollado y despanzurrado a muchos rivales asentando por tan sangriento modo su indiscutida personalidad.

Los demás seguíanle como a un rey, y hacíanle coro a sus bramidos; y cuando, por rabia o por lujo de predominio, empacábase y comenzaba a echarse tierra sobre el lomo mugiendo y mirando con los ojos torvos en torno suyo, no había cerco ni barrera que sujetasen a la *turbamulta* de los otros en su despavorida fuga.

Aconteció que unos ingenieros trazaron por el medio de esos campos una línea férrea. El “Temerario” púsose hosco y más bravo que nunca, como si aquella obra hubiese violado el sagrado recinto de su soberanía o cual si presintiese el fin de su prestigio. Él no se apartaba de las proximidades de la vía; y era que había advertido un toro extraño, un Unicornio, que al caminar echaba negras bocanadas de humo y chirriadores chorros de vapor caliente.

La rabia le ahogaba al ver que todos sus súbditos se aterraban en su presencia, y parecían olvidados ya de su valor, su pujanza y su destreza en la pelea, y para demostrárselo, atacó e hirió de muerte, sin motivo alguno, a más de media docena de toros de la comarca.

-Esto no es justo,- atreviose a decirle un anciano muy filósofo, tan venerable como indefenso,- porque mientras ese toro desconocido nos amenaza y nos amedrenta, tú la pegas también con nosotros, en

vez de defender nuestro terruño y nuestra antigua libertad doméstica invadidos por el extranjero, que ha hecho del uno su pasadizo y de la otra un estropajo, sin que ninguno de vosotros, que os pasáis la vida desangrándoos en reyertas fraticidas, hubiese sido capaz de alzar la voz en nombre de los derechos inviolables del dominio.

-Te juro, viejo gruñón, que ese toro nuevo no pasará más por este lugar, porque tendrá que habérselas conmigo en lucha cuerpo a cuerpo. Ya veremos de qué le sirven sus herrajes, sus humazos y sus alaridos ensordecedores, y ya aprenderá a respetar a la propiedad ajena y la paz de sus moradores.

Y, esto diciendo, se puso a marchar casi al trote y fue a situarse en medio de los rieles, sobre un terraplén aún no consolidado, y en el cual todavía no se formara el más leve tapiz de hierbas espontáneas. Iba a esperar al temido adversario, al usurpador, al misterioso Unicornio de metal, dispuesto a derribarlo de su vía de acero, con un solo tope de su testa invencible.

El duelo iba a ser formidable; y con la emoción más intensa, en la que se confundirían la esperanza y el terror, todos los animales de la hacienda congregáronse en el anfiteatro de las verdes colinas y lomas a presenciar aquel magno juicio de Dios.

Mientras el "Temerario" bramaba y arrojaba al espacio puñados de tierra arrancados por la dura pezuña de entre los travesaños de la vía, sintiose tras de los barrancos de una cerrada curva, con marcada pendiente, el alarmado anuncio de la Locomotora, que traía un largo tren de viajeros. Era imposible detenerla en tan corto trecho, y todo el esfuerzo se concentró en hacer el mayor ruido de pito y vapor, para advertir a la obcecada bestia de la inminencia del peligro.

Un minuto más, y tanto los espantados tripulantes del tren, como los mudos espectadores de las lomas, vieron al primer contacto de la masa férrea con la ruda frente del "Temerario", rodar al suelo una masa informe de carne y de huesos entre una densa nube de polvo, mientras el incontrastable toro de hierro se perdía, con sus alaridos, herrajes y humazos, entre las sinuosidades rocosas del camino.

Dolorido coro de mugidos se levantó en torno del cadáver del mártir, cuyas entrañas humeantes y fétidas, y cuya sangre roja y cálida, inspiraron al Buey filósofo, que en el silencio las contemplaba, esta triste, honda y resignada reflexión:

-¡Qué estéril y qué ridícula resulta la existencia del valor, del heroísmo y aun del martirio, cuando se alza en nombre de la rutina y de la barbarie, contra estas fuerzas nuevas, dóciles al genio del hombre!

Y esto diciendo, volvió a echarse a la sombra de su tala, rumiando, junto con su filosofía, un bocado de pasto tierno cogido al pasar...

# XIII

## LA ROSA, LA CULEBRA Y EL VIANDANTE



or las espléndidas avenidas de un parque de la gran ciudad metropolitana, paseaba un caballero luciendo elegante traje, y como poseído de un vivo entusiasmo por la belleza del clima otoñal, y del conjunto que el arte de la jardinería había formado allí, en triunfal imitación de la naturaleza y para solaz y orgullo de sus moradores.

Faltaba en su ojal una flor de la estación que completase su correcta y gentil figura; y sin mayor vacilación, desvióse del camino y acercóse, pisando el césped, mullido como tapiz de Esmirna, a un rosal floreciente y desbordante que ofrecía como besos juveniles sus recién abiertos capullos.

Pero en el instante en que su mano fue a cortar la más bella de las rosas, asomó entre sus hojas el extremo de una graciosa curva, como en una diadema egipcia, una pintada Culebra, la cual, moviendo con rapidez su lengua biforme, le habló de esta suerte:

-Detenga su mano el apuesto mancebo y no sea osado de tocar ninguna de estas flores. Ellas han sido plantadas y cultivadas para el goce común de todos los moradores y transeúntes de la ciudad, y no para el placer ni el deleite egoísta de uno solo de ellos. Si cada individuo pudiera apropiarse del bien de todos, ¿cómo habría de existir un común patrimonio? Si cada viandante hubiera de adornarse con las

flores de los jardines públicos, ¿cómo se mantendría el arte y la belleza de la ciudad, honra de la nación y encanto del extranjero?

Apartó del rosal su mano el caballero espantado, ante la aparición del reptil entre las hojas de la flor, y al oír como música de lejana flauta su discurso, continuó el paseo interrumpido por su poético antojo, contento, al fin, de haber oído entre los perfumados pétalos de una rosa de otoño, la sabia moraleja de un áspid, que, al influjo de la aurora y bajo el encanto de la belleza, convirtió en poética filosofía al mortífero veneno de sus dientes de filigrana.

# XIV

## LA ARAÑA TEJEDORA, LA MOSCA Y LA MÚSICA



n una modesta casita de campo vivía la joven maestra de la escuela rural, consagrada a las labores domésticas, al estudio de sus lecciones y, en largos ratos, después de la cena, al cultivo apasionado de la música. Solía quedarse como en sueño, en confianza amorosa con su piano, hasta que el silencio ambiente le indicaba la hora del reposo. Era aquel un dulce templo de arte y de virtud.

Una vecina infaltable trabajaba con ella y le daba compañía tan asidua como discreta; era una Araña Tejedora que vivía dentro del cielo rraso, y que a las primeras notas del instrumento amigo, salía de su refugio y poníase a tejer las maravillosas redes de su tela impalpable, cual si quisiese reproducir en el espacio, en los tenues hilos de su filigrana, las vagas y dulces melodías y fugas de la ejecutante.

Rondaba cierta vez, en torno de la tela, con su rúm, rúm insidioso y áspero, una Mosca estúpida, como ansiosa de caer aprisionada en la maraña donde tantas han perdido la libertad y la vida.

-Oye tú, tonta, -díjole la Araña, mientras pasaba rozando el sutil encaje de su obra-, es inútil que vengas a provocarme y a romper mi tejido con tus torpes aleteos; no alterarás la serena unción de mi alma, elevada por el arte y por mi trabajo, sublimizado y hecho más perfecto, al contacto, al unísono íntimo con la suprema armonía que me rodea. Ven, aunque podría darte la muerte, no te haré daño alguno, ni

siquiera por defenderme de tus tenaces agresiones, y goza conmigo del intenso placer que embarga mis sentidos.

Detuvo sus vuelos incoherentes la Mosca importuna, y por primera vez comprendió, bajo el encanto de la contemplación, y ante los primores del dibujo de la telaraña, el poder creador del trabajo en la paz del hogar, honesto y culto, que suprime los odios y engendra las más inesperadas reconciliaciones.

## XV LA POLILLA Y EL BIBLIOTECARIO



cumulada por legados sucesivos en la familia y por ostentosas adquisiciones de algunos de sus miembros contemporáneos, la biblioteca ocupaba en la residencia aristocrática, el lugar de un templo, por lo silenciosa, lo respetada y lo inviolable. El bibliotecario, costea-do con buen sueldo y a manera de capellán de santuario privado, era el guardián de aquel tesoro oculto de sabiduría de todos los tiempos.

Una tarde silenciosa de invierno, en la cual todo invitaba a las lecturas o a las meditaciones más hondas, y el calor artificial mantenido en la sala para estímulo de los lectores ausentes, solo servía de aliciente para las existencias parásitas que de la espléndida biblioteca vivían, el celoso empleado sintió de pronto impulso de recorrer la serie de infolios seculares, puestos a la manera de basamento de aquella enorme arquitectura de papel, que llegaba al artesonado techo.

Removió un grueso y alto volumen, envuelto en amarillento pergamino y con presillas del mismo cuero; y al colocarlo sobre la mesa, notó que sus hojas se hallaban horadadas por infinita red de túneles minúsculos, por donde las polillas circulaban como mineros de una labor centenaria, comunicada con los demás estantes quién sabe hasta dónde.

-¡Diablo de polilla!- exclamó medio aterrorizado por el descubrimiento-, esto va a acabar con la biblioteca si no se la combate enseguida. Mañana mismo...

-Oiga usted- le grita el diminuto insecto por una de las bocas del túnel-, ¿y con qué derecho me viene a incomodar en mi trabajo y a privarme de mi alimento y de mi tranquilidad?



-Con el derecho de dueño, ¿y te parece poco, canalla roedora?

-¡Qué dueño, ni qué propiedad, ni qué nada!- replicó en aire doctoral la agredida Polilla, moradora pacífica de aquellos beatíficos lugares-, hace más de treinta años que vivimos nosotros en absoluta paz, labrando nuestras galerías, formando ciudades y reproduciendo nuestra raza, sin que nadie nos perturbe en nuestra posesión, y ahora se le ocurre a usted venir a hablar de derechos... Sépase que por ahí duerme también un libro, que es ley, y que dice que treinta años de posesión continua valen por título...

-¿Qué sabes tú, miserable Polilla...?

-Sé más que tu amo y que tú, porque ni uno ni otro han abierto jamás ninguno de estos libros; y nosotros vivimos, por lo menos, dentro de ellos, y al roerlos, leemos... Y por fin, aunque no valiera nuestro derecho de posesión, que es de suyo indestructible, vale una razón más alta; y es que las ideas no son patrimonio de nadie, sépalo bien, y tanto el que las almacena aquí en forma de biblioteca, como el que las deposita en su cerebro sin transmitir las a nadie, cometen un delito contra la humanidad, y son defraudadores de la ciencia y de la felicidad de los demás, y en pena, pierden su derecho. Libro no leído es libro ajeno, *res nullius*, como dice ese otro túmulo de sabiduría de ahí en frente, y cualquiera puede apropiárselo. Si tu amo no lee ni hace leer a nadie estos libros, ¿para qué diablos le sirven, y por qué nos priva a nosotros de nuestro derecho a la vida y al trabajo en estos sitios que nadie aprovecha?

Indignado el reverente y asustado bibliotecario, fue a dar a su señor noticia de lo ocurrido; y como este, poseído de otras preocupaciones le contestara un tanto molesto:

-¿Polilla? Y bien, ¿qué significa eso? Ya veremos...

Tentado estuvo de exclamar en voz alta, -lo que no hizo por ciertas vitales razones-, y se fue murmurando entre dientes:

-¡Pobrecita Polilla! ¡Qué injusto fui contigo, y qué profundas verdades oye uno a veces de los seres más insignificantes!

## XVI LA CABELLERA Y EL PEINE

(Sobre una imagen de Omar Khayyam)



Mientras la bella Elvira, de las enormes trenzas de ébano, concluía su exquisita *toilette*, el enamorado Jorge, el más apuesto y rico de sus pretendientes, suspiraba en la duda y en la ansiedad de la expectativa.

-¿Qué podría hacer, qué arte inventar para llegar al corazón de esta divina criatura, cuya bondadosa y soberana indiferencia parece menospreciar todos mis prestigios?

Al oír su queja, y con el melifluido y dulce tono de su flauta silvestre el peine de dorado y traslúcido Carey, acostado en lecho de terciopelo, le susurró al oído:

-Incauto y envanecido caballero; no se llega al santuario de algunos corazones de mujer por la senda de la fortuna, ni del linaje, ni del orgullo triunfante.

"Imítame a mí, que tengo el goce más íntimo que pueda aspirarse, porque soy el peine que acaricia la cabellera de Elvira y se adormece entre sus redes perfumadas. Antes de lograr esta dicha, crueles artifices han desgarrado mis huesos para trocarlos en suaves dientes; y así, tú, solo cuando hayas conocido un gran dolor que purifique y eleve tu alma, podrás despertar el eco de amor en su corazón.

## XVII LOS GANSOS DEL CAPITOLIO

*(Sobre un pensamiento de Arturo Graf)*



ajo techumbre magnífica de sauces casi centenarios, adormecía sus aguas veladas por el verde tul de los follajes vecinos, el estanque de la quinta, donde imperaba con su blancura regia la familia favorita de los Gansos, de cuellos serpentinos, movimientos infantiles y gritos como sonidos en caña rasgada.

De largo tiempo venía la descendencia de esta estirpe en la finca señorial, y sus dueños, biznietos de ilustres fundadores, habituáronse a mirarlos con veneración, como animales sagrados de un culto invisible.

Se les creía de “buena sombra” en la casa, se narraban ejemplos de la saludable influencia en los sucesos domésticos, y ellos gozaban del digno privilegio de la gran piscina, de las primicias de la huerta, hortaliza y granero, y de las golosinas que manos tiernas y blancas les daban con caricias sugestivas de los cañaverales de la antigua Arcadia.

Las demás aves y cuadrúpedos útiles de la quinta, si bien silenciosos y resignados ante esta desigualdad que solo la fuerza del hábito mantenía, no dejaban de conversar en sus horas de reposo y recogimiento sobre el asunto, y como ocurre con pueblos de larga historia, no veían en horizonte alguno vislumbre de la anhelada reparación.

Y para colmo de desventura, los Gansos aquellos aturdían la comarca, a toda hora del día y de la noche, con sus estridentes gritos que el eco transmitía muchos más lejos, acaso hasta los últimos puestos donde dormían tal vez los centinelas del Capitolio... Pero los únicos

que no dormían eran las demás pobres bestias de labor, las que necesitaban descanso, las que tiraban de arados, carros, coches, norias; las que llenaban de huevos los nidales y surtían de sabrosos pichones las sartenes y asadores; las que cuidaban los rebaños y los conducían a placer por las colinas y los valles; las que daban leche fresca sustanciosa y abundante a la familia y a la servidumbre; las que con sus cantos y vuelos naturales hacían la música de la selva y el encanto de los oídos de los señores y sus visitantes.

Un Terranova, de mullido vellón rosa oscuro, íntimo amigo de los niños y morador de las habitaciones más privadas, atreviose un día a informar a su amo de la situación de espíritu del pueblo inferior, y de que en los establos, gallineros, estanques, cubiles, palomares y jardines, se murmuraba y se gruñía y se hablaba de injusticias, y se quejaban de privaciones de unos y holganzas de otros, cuya única ocupación era vagar durante el día y aturdir con sus gritos durante la noche, a título de alerta, que era en realidad alarma constante de peligros imaginarios.

Sonrió el señor por este que creyó un respetable chisme de corral, y acariciando la sedosa lana del mastín, le dijo:

-Estense tranquilos y dejen a los pobres Gansos, que ningún mal hacen, y en cambio, alegran la casa y advierten a los demás de las posibles incursiones nocturnas de zorrinos, comadreja, hurones, zorros y otras sabandijas que hacen tanto daño.

-Qué equivocado está el amo -atreviose a replicar el mimado Terranova-, si cree que esos pajarracos sirven de algo. Le contaré que la otra noche un zorro se introdujo sigilosamente por el albañal del estanque de los Gansos, y llegando hasta el gallinero de los Orpington iba a arrebatar la mejor polla, cuando el pequeño fox terrier lo sintió, y con un valeroso ataque hizo huir al ladrón... Los Gansos largaron entonces sus gritos más resonantes, y todos dijeron que gracias a ellos se había salvado el plantel de los Orpington. ¡Qué injusticia, mi amo, qué injusticia!

Y a la noche todos los animales de la quinta celebraron asamblea confidencia, a la luz de las estrellas, y en voz baja, para no ser sentidos

por algún delator de los que nunca faltan en toda conspiración, trataban de su desairada y molesta condición en compañía de los Gansos y procuraban explicarse el abuso de los gritos de estos, por alguna enfermedad que les hubiese sobrevenido por excepcional abundancia de rapaces en la región, o por cualquier otra causa.

-Aquí ya no se puede pegar los ojos ni un instante- gruñó uno de los bueyes de la yunta de labranza, echado todavía junto al arado-, por esos malditos que gritan por cada ráfaga de viento que pasa.

-Deben estar enfermos de miedo- conjeturó un galgo vecino, que dormía sobre un lecho de paja.

-¿O creerán que los amitos van a dejar sus camas a media noche para darles bizcochos en la palma de la mano?- sugirió un blanco y hermoso fox terrier.

-¿No será -agregó con cierta sorna el gallo del país-, que pretenden anticipar la venida del día e ignoran cómo se canta para hacerlo levantar?

En esto el Gato de la biblioteca, que allí tenía su morada, pero que excursionaba con harta frecuencia fuera de ella por la noche y se había filtrado allí sin ser sentido, al oír la animada conversación no pudo reprimir su impulso erudito, y no sin asombro de los contertulios por la brusca aparición, les dijo con aire doctoral:

-Compañeros, no hay que devanarse los sesos en cavilaciones tan graves. Las cosas más enormes tienen siempre una explicación muy sencilla, y por eso mismo uno no la encuentra. Aquí no se trata sino de un caso de *modus vivendi* de esta familia de los Gansos, cuyos antepasados allá en época muy antigua, se dice que salvaron a Roma de un ataque nocturno de los Bárbaros, porque gritaron a tiempo para despertar la guardia de la ciudad. La gratitud de Roma fue tanta hacia ellos, que hasta llegaron a divinizarlos y a adorarlos como a dioses; desde entonces no trabajan; creen que siempre deben vivir de la gratitud y de la admiración públicas y como han llegado a saber que con sus gritos sus antepasados salvaron una vez la patria, cada vez que necesitan algo, aunque sea sin motivo, gritan... hasta conseguirlo.

## XVIII

# LA AMPALAGUA Y EL ZORRO



ucedió una vez que una Ampalagua, de las más grandes conocidas en los anales de la ofidiología nacional, vivía con su habitual mansedumbre y silencio entre los escuetos y agresivos arbustos de la región montañesa de La Rioja, alimentándose de conejos silvestres yavecillas que lograba fascinar con sus ojos de ascuas y sus tornasoles bizantinos.

La verdad es que de ningún daño mayor podrían quejarse las gentes vecinas, ni los animales domésticos, sino más bien habrían de felicitarse de que la inofensiva boa los librase de esos dañinos rapaces de los sembrados próximos.

Más perjuicios causaba el astuto y artero zorro, que merodeaba por los ranchos más cercanos tras de los pollos y gallinas, que incautos, salía a pastar por los rastrojos adyacentes y hallaba siempre el medio de escapar a las trampas y a los perros dispuestos para su ejecución.

No miraba Don Juan con ojos tranquilos a la perezosa serpiente, a la cual creía una rival terrible en lo de la caza y logrería de sus presas codiciadas; y así, dio en hostilizarla y echar sobre ella la culpa de todas las desapariciones y mermas en las haciendas menores de la vecindad.

-¡Claro!- dijo un día a uno de los perros más transadores y disimulados de la casa-, mientras dejen ustedes con vida a ese culebrón hambriento que todo lo traga no tendrán jamás gallinero, ni huevos, ni provecho alguno de su trabajo.

Y como la clandestina conferencia se celebraba en un rincón espeso del bosque, donde el can hipócrita solía ir a vender al zorro los

secretos de la granja, no vieron a la silenciosa Ampalagua que los escuchaba, y descubrió la traición del guardián doméstico y la intriga cobarde del raposo aventurero.

-Me la pagarás, pícaro ladrón- se dijo para sí, retirándose del sitio, siempre oculta por los arbustos y las rocas y por su color de tierra, yendo a colocarse en sitio por donde su delator pasaba en sus rondas fructíferas.

Cuando el zorro asomó con los movimientos sinuosos de su cuerpo elástico trayendo en la boca una gallina ya exánime, la Boa, que había reunido en sus ojos y en su voz todo el fascinante influjo de su raza terrible, alzó la cabeza de pronto y le gritó:

-¡Alto ahí, Zorro ladrón y delator! ¡Suelte esa prenda y dispóngase a morir, pues ya llegó su última hora!

Aterrado por la súbita aparición, el audaz se quedó petrificado, electrizado, y como clavado por las miradas de fuego de la serpiente; y no pudo articular ni un grito, ni mover una pata, ni acordarse de ninguna de las ingeniosas escapadas de todo peligro, que le han hecho inmortal en los anales milenarios de la fábula.

Y los ojos de ascuas lo atraían, lo inmovilizaban, lo aniquilaban, hasta no darse cuenta de la proximidad de las fauces abiertas que iban a devorarlo. Así, cuando estas ya se abrieron encima de su cabeza, como la boca de un subterráneo guarnecida de clavos y de carbones incandescentes, quiso exhalar un alarido de terror, que no pudo concluir, porque de un bocado quedó preso, y con lentitud implacable los feroces anillos del ofidio lo fueron introduciendo hacia el vientre triturador como el de una máquina de chancar metales.

Las crónicas de la región cuentan que a medida que los anillos de la Ampalagua iban ciñéndose al tronco de un robusto algarrobo, oíase dentro del vientre el craquido de los huesos del ajusticiado al despedazarse; y los paisanos cuando quieren moralizar sobre ciertos intrigantes que medran a expensas de la paciencia de los buenos y la tolerancia de los prudentes, le refieren a uno:

-“Sucedió una vez, que una Ampalagua...”

# XIX

## LA VÍBORA, EL SAPO Y EL CAMALOTE



uando llegó el otoño y el río Paraná comenzó a “sacar fuera el pecho” para echar sobre las tierras sedientas por el pasado verano, el fecundo, el formidable riego de sus aguas cuajadas de limo, allá en las soledades del Delta desprendiose de pronto un enorme Camalote, cuya planta ya florecida, dejaba ver sus lirios de incomparable suavidad y de un tono azul difuso como el de una mirada suplicante.

Apenas empezó la navegación del movable islote hacia su incierto destino, en el Océano inmensurable, en cuyo seno se difundiría como las vidas contemplativas en el divino Nirvana, oyose entre las pajas y marañas de la diminuta selva peregrina un vibrante diálogo entre una Culebra y un Sapo, que habían quedado prisioneros al arrancarse de la costa el fragmento flotante.

-El destino ha querido, -sibiló el venenoso ofidio inyectada de sanguinoso brillo su pupila-, que nosotros dos, individuos de dos razas antagónicas e irreconciliables desde el principio de los tiempos, nos quedásemos solos, condenados a vagar sin salvación posible en este terrón donde nos sorprendiera la crecida del río. Yo no tendré aquí, dentro de poco, de qué alimentarme, y aunque quisiera salvarte la vida, no me queda otro recurso que el de devorarte apenas el hambre me lo exija. Y más que todo, es ley digna de mi especie que un oficio y un batracio no caben en el mismo sitio. Eres mi esclavo ahora, y pronto serás mi víctima y mi comida. Prepárate a morir.



-Sí; tú aprovechas de que yo no puedo aquí desplegar mi táctica para sitiarte y enredarte con mis sargas inextricables, donde todos tus semejantes han hallado la parálisis, y aún la muerte más desesperada. Así, puedes ensañarte conmigo y sacrificarme indefenso con tus dientes venenosos; pero no te durará mucho el gusto, ni la hartura, porque, muerto yo, te quedarás sola en el Camalote, condenada a morirte de hambre si no prefieres perecer ahogada en el mar... Yo podría encargarme de darte de comer por mucho tiempo con mi cacería de insectos en el fondo de este pajonal, donde millares y millares de gérmenes se reproducirán, y, así, algún día podemos salvarnos en tierra firme.

-Yo sé bien que el consejo del enemigo, en casos como este, puede ser el mejor; y aunque hables en tu propio interés, comprendo que va en él mi provecho, y lo acepto, con la condición de que me proveas de cuanto puedas cazar en el pajonal, en el barro, en el agua que aquí filtra, y de cuanto bicho viviente venga a posarse entre las ramas. Eres mi esclavo, y mis garfios y mi veneno te pedirán cuenta de tus obligaciones.

La flor del Camalote, abierta como una copa de porcelana a la caricia de un labio invisible, con una voz dulcísima y armoniosa que embriagó los sentidos musicales de la engreída culebra, dijo estas palabras:

-Pobre y frágil imperio es el tuyo. ¡Oh, bella y pérfida Culebra de piel bizantina! Sueñas con saciar tu odio histórico más que tu apetito, sobre un inofensivo prisionero de la raza batráquica, cuanto tú, él y yo somos aquí juguetes deleznales de una ola repentina, de una ráfaga caprichosa o de un escollo oculto, y en el mejor de los casos, vamos los tres arrastrados al mismo fin fatal y sombrío, al seno difuso e ilimitado del Océano, al reino infinito del Olvido eterno.

“Una fatalidad os ha unido a mi destino irreparable: quiero ungir y reconciliar los vuestros en el seno divino del ensueño que me conduce a disolverme, a difundirme en el alma inmensa del mundo. Venid a abrazaros a la sombra de mis hojas y mis pétalos de ideal, y ya veréis cuán dulce es cambiar la ley del odio y del exterminio de raza y de tradición, por la eterna, la sublime, la divina ley del Amor y la Solidaridad,

que surge del alma de la Naturaleza y ofrece la inmortalidad posible, la única redención verdadera.

Cuando la voz cesó, acurrucados juntos, al pie de la Flor del Camalote, el ofidio y el batracio sentíanse arrullados por un ensueño seráfico, y las ondas hinchadas de limo y rojas de la sangre fecundante de las selvas tropicales y de las llanuras argentinas “se llevaban a la mar” y consigo arrastraban su tributo periódico de fecundidad a la Madre Tierra.

## XX

# EL ESCUERZO Y EL GATO DEL MUSEO



na vez que en un corrillo de animales de la estancia, después de la merienda, se referían casos espeluznantes sobre el veneno y la ferocidad del Escuerzo, un lebrél casero, gran conversador, contó muchos en los cuales aparecían animales o personas mordidos por el temido batracio; y en todos había sucedido que fue necesario esperar una tormenta, o que los amos acudiesen con sus armas o con hierros candentes a matar el monstruo y cauterizar la herida.

-Animal más bravo ni más terrible nunca se vio -afirmó el narrador-, a punto de que en poco tiempo se despobló la comarca, porque muchos murieron y otros la abandonaron por el miedo.

-Cierto, cierto -agregó el carnero-, yo también he visto infinidad de casos como los que refiere el galgo amigo.

-Y yo. Y yo. Y yo-, siguieron ratificando el chivo, el cerdo, el conejo y otros contertulios; hasta que un Gato doméstico, que marrullaba en un rincón, se decidió a sacudir su pereza e introducir un grano de duda en aquel festín de afirmaciones, que iban convirtiendo al Matuasto en una divinidad maléfica de un poder insuperable.

-Bueno -interrumpió por fin Micifuz- todo eso que están diciendo, es pura ilusión y fantasía, creadas por el temor y por la ignorancia. Y cuando lo digo, es porque lo puedo probar.

“Yo he sido residente en el Museo de Historia Natural, donde el sabio Dr. Carlos Berg -mi amo muy querido- deseando estudiar esta cuestión, se llevó dos ejemplares del Escuerzo, con los cuales hizo en

otros animales muchas experiencias de mordeduras, sin que nunca se hubiesen notado los efectos que ustedes señalan.

“Un día, mi patrón tomó uno de ellos en la mano derecha, y después de irritarlo con pinchazos, se hizo morder la izquierda. Tales eran la rabia y los gruñidos de la bestia, y el furor con que hincó sus dientes en la mano del director, que tuve miedo y estuve a punto de arrancárselo con mis garras. Pero él se sonreía, y con esa gran dulzura con que siempre nos trataba a los empleados y animales del Museo, me dijo:

-Nada temas, querido Micifuz; este bicho no tiene veneno ninguno. Es un rabioso y un gritón, nada más, que explota su fealdad y el miedo y la ignorancia del vulgo para mantener la aureola de su prestigio infernal. Ya lo ves, no me suelta la mano y apenas me causa un leve escozor con sus afilados dientes.

-¡Qué extraño es que nosotros, pobres animales, nos dejemos mistificar por estos semidioses, cuando entre los hombres, que se llaman seres superiores, imperan a veces por siglos los mitos más horribles y los tiranos más abominables, hasta que una sencilla y a veces casual experiencia, que llega a ser conocida por todos, desvanece y disipa la niebla de los ojos, y el encanto desaparece para siempre!

“Por eso es que yo, desde entonces -concluyó el erudito Micifuz- cada vez que oigo a algún tonto alabar, temer o admirar a uno de esos personajes, desde luego lo pongo en duda y en observación, y la verdad nunca he dejado de justificar mis precauciones...

## XXI

### ¡TIP, TIP, TIP, FIRIIIU...!



Entre el Galgo de la alquería, la Chuña domesticada y el Gato de la biblioteca, se realizaba una tarde bajo el sauce del estanque un opulento ágape de sabrosos productos de aquel año de abundancia; y mientras devoraba cada cual la ración de su preferencia, discurrían entre tragos, mordiscos, sorbos, sobre los sucesos más notables del día.

-¿Se han fijado ustedes- comenzó el ladino-, cómo ha engordado este año el burro de la vecindad? Ya ni siquiera mira para este lado del cerco, que solía saltar o pasar por entre los alambres para venir a compartir nuestra cena. Antes me tenía miedo y me adulaba para que lo dejase entrar sin ser advertido por los patrones, ahora se hace el distraído y como su propio pasto con mal disimulado orgullo.

-Y las gallinas éticas de todo el barrio que podían sus huevecitos de basilisco, por poco nos cobran los buenos días- agregó la Chuña, con su aire de comadre pendenciera-, y los gallos no saben a cuál elegir para sus galanteos, de puro gorditas y pintiparadas que andan.

"Allá arriba, entre los árboles, los nidos están repletos de pichones y no se oye más que el cuchicheo de los amores y de los festines en todos los sitios y rincones apacibles.

-Sí, que se descuiden nomás-, gruñó el Gato siempre listo para sus funestos vaticinios-, que ya caerán sobre la comarca los gavilanes noticiados de esta rara prosperidad.

No concluyó estas palabras, cuando la fatídica profecía comenzó a ser una realidad, pues acababa de oírse con estremecimiento general

de todos los ramajes y los nidos, el grito estridente de alarma del Rey de los Pajaritos, mientras recorría árbol por árbol, como anunciando una terrible desgracia, y llamando a todo el pueblo alado para la defensa.

-¡Tip, tip, tip, firiiiu...! ¡Tip, tip, firiiiu...! tip, tip...!

Pero lo raro del caso era que no se veía a ningún pájaro ni ser vi-  
viente moverse de sus nidos, cuevas o capuchas, donde calentitos y  
satisfechos incubaban sus amores o digerían sus banquetes al abrigo  
de toda contingencia.

En la lejanía, entre tanto, una bandada de gavilanes famélicos, lle-  
gados de lejanas tierras asoladas por la sequía y el hambre, comenzó  
a asaltar las nidadas, a descogotar pichones, y a despatarrar los más  
dulces idilios; y como ningún mal llega solo, tras de los rapaces alados,  
venían los rastros; y por el suelo la invasión de comadreja, utultu-  
cus, hurones, chiñis y otras sabandijas, no dejaron pollos ni huevos  
que no se los devorasen, sembrando el más espantoso cacareo en los  
corrales, antes tan pacíficos y silenciosos.

Y allá en los aires con peligro de su vida, el valiente Rey se desga-  
rraba la garganta repitiendo su vibrante cuanto inútil llamamiento.  
Todos los machos echados en sus nidos y a la espera de la consagra-  
ción anhelada, se guardaban bien de asomar el pico ni de ir a reunirse  
con sus vecinos para conjurar juntos el peligro común.

Cansados al fin de lanzar en vano su toque de rebato, el noble cau-  
dillo emprendió su vuelo definitivo hacia otros lugares de refugio, y  
por largo rato se oyó, hasta perderse en la distancia, al agudo estridor  
de su clarín de guerra.

-¡Tip, tip, tip, firiiiu...! Tip, tip, tip, firiiiu...! ¡tip, tip...!

Entre conmovidos e indignados, pero sin saber a qué atenerse  
ante aquella escena tan repentina como trágica, los comensales del  
ágame reanudaron su interrumpida conversación.

-¿Y qué quiere decir ese canto tan raro del Rey de los Pajaritos?- in-  
quirió el Galgo. Y como el Gato de la Biblioteca ya había leído la *Divina  
Comedia* con notas lució su erudición, diciendo:

-Así como los comentaradores de Dante han interpretado a su capricho el enigmático, *-¡Pape Satán, pape Satán Aleppo!,-* de Minos,- yo traduzco el tip, tip, tip, firiiiiu...! de nuestro convecino, velay así:

“El Patriotismo es una vana palabra cuando cada uno tiene en su sensualidad o en su ambición el único objeto de su vida.

## XXII LA ARAÑA Y LA LUCIÉRNAGA



endió una Araña negra su tela invisible entre la espinosa maraña de un rosal, de manera que todos los insectos amantes del suave néctar quedasen prisioneros en sus redes al pasar volando hacia su dulce cita.

Aquella noche de primavera fue la fiesta de las Luciérnagas, las tímidas, diminutas hadas de la luz que juegan en el aire cálido cual si ocultas manos de niños trazasen signos de escrituras indescifrables en la tela del firmamento o quisiesen con trazos fosforescentes ligar las estrellas para hacerles decir su secreto infinito.

Silenciosa y artera espiaba la Araña, escondida en la oscuridad, los vuelos inocentes de las Luciérnagas, cuyos focos al irradiar en la tiniebla solos les servían para señalar a su sigilosa enemiga la ruta de su peregrinación de ensueño hacia el seno de las rosas.

Una incauta de aquellas que cayeron enredadas en el sutil encaje de la telaraña, fue al punto acometida por la traidora artífice, que al clavar en la pulpa luminosa su dardo emponzoñado, sonrió con maligna y feroz sonrisa, diciendo:

-Ahora ya no te servirá de nada tu linterna eléctrica con que pretendes remedar el fulgor de los astros y exponerme a la muerte. Te entrego a la voracidad de mis crías y ellas sabrán dar cuenta de tu frágil vida.

Mientras el pobre insecto luminoso sentía llegar su instante postrero, pensó, -¡ay: solo entonces!- en la innumerable falange de miserables, que agazapados entre los matorrales de la vida, tienden sus



redes anónimas contra los que llevan en la frente la llama de un ideal,  
el resplandor de un sentimiento, la aureola de una virtud.

## XXIII LA VÍBORA EN EL BAÑO



a siesta ardorosa del verano montañés difundía en el espacio un nervioso reverbero de ondas aéreas, que, como vahos de vapor en una caldera próxima, daba sofocación y asfixia a todos los seres vivientes en la selva del valle y en las faldas boscosas. Aleteaban de calor todos los pájaros y asomaban sus cabezas de mil colores a las bocas de sus cuevas, entre las rocas, en los troncos de los árboles y desde los nidos abandonados, los reptiles. Podría decirse que, como en las comunes aflicciones humanas, se sentían unidas con un cariñoso vínculo solidario las más antagónicas especies.

A cada momento la quieta superficie del lago se agitaba y resonaba con el chapaleo de los que se arrojaban desde todos los sitios de la orilla y desde el follaje que lo sombreaba, al fresco baño de las límpidas aguas dormidas entre peñascos, juncos y chilcas olorosas y excitantes.

Sobre una laja de un rincón solitario de la ribera, apareció lenta y silenciosa una Culebra, anulada de rojo, verde, negro y amarillo, matizados y combinados a maravilla por ignoto artista bizantino; detúvose un instante medio enroscada como brazaletes abandonados por una ninfa oculta, y luego, dejando caer sobre la piedra una gota de saliva espumosa y fina, lanzose, como un collar que se arrojase a la deidad subacuática, dentro del baño incitante en el cual nadaba en curvas tan graciosas como esquivas.

Un Cisne blanco como un lampo de luna, bogaba distraído y abortado a su encuentro, y cuando casi rozó con sus plumas impalpables la eléctrica piel del ofidio, dio un grito de espanto que alarmó a la

innúmera pléyade alada, e iba a lanzarse al vuelo cuando la irisada víbora le dijo, entre confiada y suplicante:

-No te espantes de ese modo, ¡oh, divino fragmento alado del antiguo cielo heleno!; reconoce en mí, en este instante sublime de desnudez y de abandono, un hermano de tu remoto origen sacro. Mi veneno no está conmigo porque al entrar en la linfa transparente he despojado mi alma y mi cuerpo de toda idea y esencia mortíferas, para estar toda entera en el seno de la Belleza, en el éxtasis de la contemplación y en el ensueño de la Pureza Ideal.

-Me hablas como desde un mundo desvanecido, del cual no guardo ni una vaga reminiscencia... Tus palabras me tranquilizan y siento hacia ti una dulce simpatía...

-Sí; las curvas de tu cuello y las de mi cuerpo son vibraciones unísonas de una misma emoción, y dioses ocultos entre las sombras y las zarzas de este lago sonríen invisibles al mirarnos juntos, deslizarnos como una dulce melodía sobre el aire adormecido.

-¿Y tu ponzoña, y tus dientes finos como agujas aceradas...?

-Soberano príncipe de la Elegancia y de la Gracia, esa es mi defensa en las luchas brutales de la vida terrena... pero aquí, en la presencia de la Línea y de la Armonía perfectas, mi alma y mi cuerpo se sienten purificados y como difusos en la Paz suprema del Arte... Mientras no les es dado comprender este goce ideal, los seres venenosos padecen más que sus víctimas: estas sufren y mueren en un instante, que puede ser su liberación, pero el dolor de los otros es incurable y eterno.

-No olvidaré el encanto de tus palabras, ni la leve melancolía de tus visiones de un reino futuro. Vayamos hacia él; tú, llevando entre tus anillos de metales preciosos aprisionado tu secreto de perfección, y yo, bogando sobre las adormecidas linfas de los lagos de la tierra hasta llegar a ese inmenso y sereno océano azul, que conduce hacia el olvido luminoso de las formas...

Y al separarse, el Cisne inició de nuevo en el agua el ángulo ilimitado de su estela, y el pintado reptil fue a recobrar de la solitaria piedra su gota de veneno y a ocultar en las cuevas inaccesibles su misterio de Perfección.

## XXIV LA ARMONÍA OCULTA



uspendida del gajo más robusto de un viejo algarrobo, una enorme barra de metal ennegrecida por los años había quedado como único resto de un trapiche antiguo, y de la cual ignorados mineros acostumbraron servirse como campana para llamar a los obreros al trabajo, y a los creyentes a la oración.

En frente de la montaña misteriosa y terrible, que los indios llamaron Wama Tinak, y de cuyas entrañas inagotables llevaron por siglos cargamentos de oro, plata y cobre a los tesoros del Inca y al sagrado Inti-Huasi del Cuzco, aquellas ruinas informes solo atestiguaban ahora la fragilidad de las empresas del hombre, ante las fuerzas incontrastables de la naturaleza.

Solo un núcleo de animales salvajes congregábase a la fiesta y a la noche bajo el reparo propicio del árbol centenario; y era de oír las extrañas conjeturas que hacían, entre el miedo y la curiosidad, sobre el origen y el objeto de aquella rara reliquia.

-Dicen que es de oro puro, -sugirió un Zorro anciano lleno de mañas y malicias-, ya ha sido puesta por Mandinga para cazar a los avarientos que vengan a llevársela.

-Yo he oído allá, en aquel rancho, -intervino un León ya caduco y desgrifado-, que tiene brujería, y que, cuando alguien lo haga sonar será para anunciar el fin del mundo.

-Nada de eso es verdad, -terció un Asno semisalvaje con ingénita presciencia-, lo único cierto es que en ese trozo de metal está escondida una música deliciosa que solo será oída cuando los animales y los

hombres sean capaces de juntarse para trabajar las minas, reedificar los caseríos derrumbados, y cultivar la tierras secas y agrietadas por el abandono y la discordia que las han despoblado y muerto.

“En vez del fin del mundo, -siguió hablando como por un dios interior-, su sonido anunciará el principio de un tiempo nuevo y más feliz que este en que vivimos y en el cual ya no quedan sino escombros de las obras humanas; hiel de odio en vez de resinas dulces y olorosas destilan los árboles, los pájaros cantores, nuestros compañeros que antes alegraban estas soledades, se han ido, y solo quedan los voraces cuervos, caranchos y lechuzas para devorar y hartarse con los cadáveres del hambre y de la sequía, que blanquean los campos de osamentas...

“Yo no hago más que esperar la hora en que un milagro haga sonar esta campana perdida aquí, sin uso ni dueño, como si ella también aguardase el que ha de redimirla de su silencio e inmovilidad estériles y dolorosos. Veamos, -amigos, hermanos de miserias e infortunios-, si unimos nuestras fuerzas y sin intenciones ni reservas egoístas, salga lo que saliere, y sea quien fuere el beneficiado, podemos nosotros arrancar la armonía oculta y salvar la tierra de tanta desgracia.

Cuando el Asno suspendió su impensada arenga el concurso de animales había crecido en busca del abrigo nocturno, y lo escuchaban con asombro creciente y con avidez de prodigio. Y todos a una vez exclamaron de pronto:

-Y bien, ¿qué hacemos? ¡Unámonos y busquemos la manera de hacer resonar la barra!

-¡Que se haga un martillo de piedra y se golpee en el hierro! -aconsejó un Néstor de la asamblea. Y obedeciendo al punto, se eligió un canto rodado de granito del pedregal y atado con tientos al extremo de un grueso cabo de tala, como se enastaban las hachas primitivas, se alzó en lomos de todos al Asno que empujó la improvisada maza.

Pasó en ese instante por el valle, el cielo y la falda de la montaña un estremecimiento como de emoción religiosa, un resplandor de oro del sol poniente, invisible tras de la inmensa cumbre que bañó toda la

escena; y de pronto la luna asomó sobre las lejanas cimas de Oriente como anticipada para bendecir la eclosión de la misteriosa música.

El mazazo dio tres veces en la aterida barra, con fe, certeza y vigor; todos cayeron de rodillas ante la suprema y solemne armonía de tres notas que, semejante a un conjuro de resurrección, transfiguró los montes, los valles, los cielos en una epifanía de colores, de nubes y de brisas augurales de riego, cosechas y bienestar para toda la comarca.

El Asno, revestido de esa mística unción con que intervino en los más sacros misterios de la humanidad aún vibrante con la conmoción de la música inefable, ya a punto de cerrar la noche pronunció estas sencillas palabras:

-Hermanos: el milagro tan esperado ha venido, al fin, porque hemos olvidados nuestros rencores y hemos unido nuestras almas movidas por una emoción común. El sentido de esta divina música solo es la realización de la profecía eterna: "Siempre que os halléis reunidos en mi nombre, mi gracia descenderá sobre vosotros y la abundancia lloverá sobre los pueblos y las viviendas y la paz de la tierra nunca más será perturbada".

## XXV EL CÓNDOR QUE NO QUISO HABLAR



ra apenas pasado el mediodía de un verano de fuego, que parecía incendiar las ráfagas errantes por los cerros y los bajíos pantanosos y enmarañados de las quebradas, en la montaña adusta y adormecida por la siesta, cuando para la abigarrada población de aves, sabandijas, reptiles y de seres rastreros de nidos, grietas y cuevas ocurrió un suceso que causó de súbito una honda perturbación de la calma habitual de aquellos sitios inviolados por la mirada humana.

Desde las soledades inescrutables del espacio superior, sin que jamás se hubiese podido adivinar su procedencia, y cual si llegase en busca de reposo después de un viaje milenario, bajó, semejante a una nube cuya sombra recorre las laderas como un astro opaco, un gigantesco Cóndor negro, de golilla blanca, calva rojiza y pico y garra corvos como los garfios de hierro de un tridente.

Crujió con el peso del ave la rama del visco escuálido, sobre la cual posó sus calludas patas con estrépito de racha tempestuosa; y cuando se calmó el balanceo y se recogieron las dos alas, tal las velas arriadas de pronto al arribo de la nave corsaria en puerto escabroso, cerráronse sus ojos de ascuas, en un sueño anhelado durante inmensurables jornadas aéreas por ignorados países de la tierra o de las alturas.

Héroe, heraldo, mensajero de dioses o de batallas lejanas; bandido, raptor o prófugo de un gran delito, en sitio ignoto; desterrado forzoso o voluntario de una enorme injusticia en tierra ingrata; la insólita y repentina aparición y premioso sueño del soberano y déspota de las

cumbres despertó la más punzante alarma entre la multitud alada o rastrera de las hondonadas y los matorrales y su malvado impulso de vengar en él tanta humillación y saciar tanta envidia y encono contenidos en la potencia de la lucha abierta cuerpo a cuerpo.

Un carancho alevoso e hipócrita fue el que comenzó la conspiración. Corrió de nido en nido, de charco en charco, de cueva en cueva, y por todos los escondrijos oscuros y nauseabundos invitando a todos sus moradores a congregarse y a llevar lazos, lianas, chaguares y fibras para amarrar en el árbol de su sueño al temido emperador de las cimas y de los espacios, que los tiraniza y los avergüenza. Y como todos aunaron sus odios sin necesidad de proclamas, ni siquiera de una palabra, no tardaron en comenzar su infame y sigilosa tarea de amarrar los pies, alas y cuello en las ramas del árbol al Cóndor, quien, dominado por la fatiga y el sueño, nada sintió hasta quedar aquella consumada.

Cuando le creyeron asegurado contra toda posibilidad de evasión y quebrantamiento de sus ligaduras estallaron todos en un coro de gritos, graznidos, aullidos, chirridos, estridores, silbos, coaxares y otros mil ruidos desacordes y chillones, como eco de una orquesta de demonios enloquecidos, para despertarlo y hacerle sentir la retahíla de sus insultos, acusaciones, denuestos, injurias y bajezas tan cobardes como contenidas durante la libertad de su víctima.

Hubo miserables que se atrevieron a subir hasta la rama del suplicio de aquel Prometeo alado, y a herirlo con picotazos o mancharlo de babas y ponzoñas. Pero él despertó por fin; paseó su mirada profunda en torno suyo con calma soberana y estoica indiferencia, mientras la infecta nube de sus enemigos se dispersaba aterrada.

Y sin proferir un grito, ni sentir el menor impulso de furor ni de venganza, hizo algunos movimientos de prueba para desprenderse de sus lazos, los que se rompían y quebrajeaban como hilos de escarcha; y entonces, alzando en toda su amplitud sus alas imperiales, dio un vigoroso aleteo, sacudió con estrépito el árbol, cayeron en trozos sus ramas y en jirones sus cadenas; y después de echar sobre la turba



enemiga una mirada intraducible, con el mismo silencio y majestad de su llegada, emprendió de nuevo su vuelo hacia la altura, hasta perderse en los senos azules, como un cometa que no ha de volver nunca más a la vista de este mundo.



El libro ofrece una nueva edición corregida y anotada de las *Fábulas Nativas* de Joaquín V. González en el centenario de su muerte.

Incluye un estudio filológico que muestra el vínculo del autor con la revista *Caras y Caretas* donde se publicaron por primera vez los textos entre 1912 y 1921. Brinda imágenes digitalizadas y la descripción del manuscrito autógrafo que se conserva en las Salas Museo de la Biblioteca Pública de la UNLP. Así mismo, esta edición luce la incorporación de nuevos grabados en el interés de conservar el cruce original entre literatura e ilustración que acompañó a la primera versión de las fábulas.

**María Celina Ortale** es Profesora, Licenciada y Doctora en Letras por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Desde 2001 trabaja en la cátedra de Filología Hispánica de la misma facultad donde actualmente se desempeña como Profesora Adjunta Ordinaria especializada en crítica genética, análisis del discurso y edición.

Es investigadora del IdIHCS desde donde ha publicado como editora científica las *Obras Completas* de José Hernández en 7 tomos (2018, IdIHCS-EDUVIM).

Su Tesis Doctoral fue dirigida por Élica Lois y se titula *Biografías del Chacho. Génesis de una interacción Polémica entre José Hernández y Domingo F. Sarmiento* (FAHCE, 2012). Se encuentra publicada on line en: [www.memoria.fahce.unlp.edu.ar](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar).

Actualmente se dedica al archivo manuscrito de Joaquín V. González y coordina un grupo de investigación para recopilar las obras completas de Benito Lynch.

**Julieta V. Warman** es Profesora y licenciada en Artes Plásticas con orientación en Grabado y Arte Impreso graduada en la Facultad de Bellas Artes, UNLP.

Como artista visual se especializa en técnicas tradicionales de grabado (xilografía, calcografía, litografía) y desarrolla una amplia labor como exlibrista.

Su trayectoria incluyó la formación con el grabador Osvaldo Jalil (CABA) y la especialización en litografía en el Taller de Gráfica Experimental (La Habana, Cuba).

Perfeccionó la técnica del buril o talla dulce con João Gilberto Mazzotti (San Pablo, Brasil). Participó de numerosas exposiciones grupales e individuales.

Recibió premios en certámenes nacionales e Internacionales.

Ha ilustrado numerosos libros de poemas, cuentos, narrativa, revistas y discos, entre otros. En su taller El Reloj de Arena (La Plata) se dedica a la producción y difusión del arte del grabado y del Ex Libris.

Para cultivar y revalorizar la disciplina recorre ciudades del país y el extranjero, donde aparte de exhibir su trabajo, dicta seminarios y talleres.